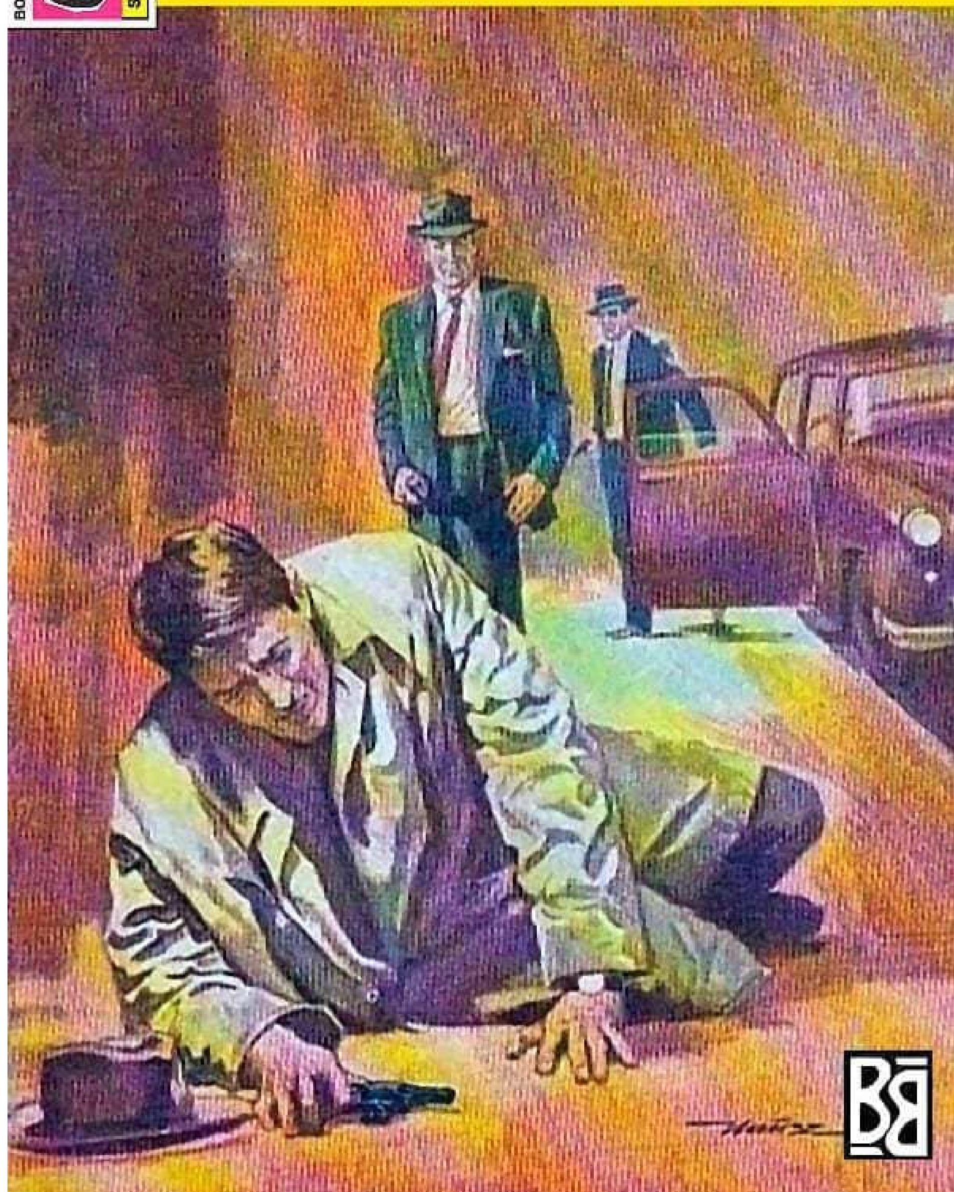
BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

MIENTRAS LLEGA LA MUERTE

burton hare



En su despacho, el teniente Digger tomó una ficha y leyó en voz alta:

—Frank Mac Kenna, treinta años, hijo de padres irlandeses. Hasta los veintinueve años profesional del boxeo, pesos máximos. Apartado del deporte al entrar al servicio de Stephen Bierce como guardaespaldas. Sin antecedentes penales. Se le considera peligroso. Señas particulares: Ojos grises cabello negro…

De repente, calló y tiró la ficha sobre la mesa con ademán cansado. El sargento Carr se rascó el cogote. Con su voz de bajo gruñó:

—¿Espera sacar algo de ese tipo, teniente?

—Tal vez.

—Nunca delatará a Bierce estando a su servicio. ¿Qué le hace pensar que se ponga de nuestra parte?



Burton Hare

Mientras llega la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 786

ePub r1.0
LDS 16.11.17

Título original: *Mientras llega la muerte*
Burton Hare, 1965
Cubierta: Jorge Nuñez
Ilustración interior: Costa
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





BURTON HARE

MIENTRAS LLEGA LA MUERTE

Col. SERVICIO SECRETO n.° 786
Publicación semanal Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

CAPÍTULO PRIMERO

En su despacho, el teniente Digger tomó una ficha y leyó en voz alta:

—Frank Mac Kenna, treinta años, hijo de padres irlandeses. Hasta los veintinueve años profesional del boxeo, pesos máximos. Apartado del deporte al entrar al servicio de Stephen Bierce como guardaespaldas. Sin antecedentes penales. Se le considera peligroso. Señas particulares: Ojos grises cabello negro…

De repente, calló y tiró la ficha sobre la mesa con ademán cansado. El sargento Carr se rascó el cogote. Con su voz de bajo gruñó:

—¿Espera sacar algo de ese tipo, teniente?

—Tal vez.

—Nunca delatará a Bierce estando a su servicio. ¿Qué le hace pensar que se ponga de nuestra parte?

—Conozco a Mac Kenna desde que asistíamos juntos a la escuela superior. Es un tipo extraño, sargento… Quizá excesivamente violento, pero en el ambiente en que él creció eso era casi obligado si uno no quería ser aplastado.

—Sin embargo, está cobrando de Bierce, de manera que no se atreverá a traicionarlo.

El teniente esbozó una mueca.

—Uno de nuestros informadores —explicó— me ha revelado que Mac Kenna «ha caído en desgracia» dentro de la organización de ese bastardo. Parece ser que Bierce quiere escarmentarlo, y si es así pienso atraerme a Mac Kenna. Si está resentido es posible que desee acabar con Bierce y sus malditos negocios, y usted sabe perfectamente que eso sólo podremos lograrlo si alguien de su propia organización se decide a delatarlo. Está demasiado bien

respaldado y son incontables los hombres influyentes que se dejarían cortar una mano antes de declarar la guerra a ese hijo de perra. Saben que si Bierce se decide un buen día a publicar todo lo que sabe de ellos tendrán que esconderse en el centro de la tierra.

—Por eso le hacen el juego…

—Seguro. Pero si Mac Kenna quisiera ayudarnos…

Digger calló, sumergiéndose en sus ensueños. Si pudieran acabar de una vez con el imperio criminal de Stephen Bierce sería completamente feliz. Llevaba años detrás de él; años de reunir datos, informes y confidencias que a nada práctico conducían, pero que engrosaban el historial del poderoso *boss* en espera de la oportunidad que algún día tendría que llegar. El teniente Digger pensaba que quizá había llegado ya.

* * *

El despacho era tan lujoso como cabe esperar de alguien que ha llegado a la cumbre en el imperio de las finanzas. Resultaba tan impresionante que casi parecía un decorado cinematográfico.

No obstante, Stephen Bierce estaba en la cumbre de algo que nada tenía que ver con las finanzas. Su imperio estaba formado por la extorsión, el chantaje de altos vuelos, el espionaje industrial, la corrupción en todas sus formas… y el crimen, cuando las circunstancias lo hacían aconsejable.

Más de una empresa se había visto arruinada, en la más completa bancarrota, gracias al espionaje y la extorsión de Bierce, cuando éste lograba apoderarse de sus secretos, sus fórmulas, listas de accionistas y cuantos detalles podían colocar a los directores en situaciones peligrosas. Ahí era donde intervenía el chantaje; cualquier suceso poco honorable ocurrido en las vidas de esos hombres importantes, aunque hubiese acaecido en su primera juventud, era explotado por el pistolero con habilidad. Compraba conciencias, corrompía y aplastaba cualquier clase de oposición…, y centenares de obreros se encontraban sin trabajo, en la miseria, al hundirse las industrias bajo la implacable garra de la competencia, que era quien había pagado a Bierce para que fraguara la cadena de ignominias.

Pero estaba en la cumbre. O casi, para ser exactos.

—¿Dónde está Tingley?

Su pregunta obligó a su lugarteniente, Eric Clair, a levantar la cabeza del periódico que estaba leyendo.

—Abajo, junto con Darton. No quieras hacerme creer que estás preocupado por ese saco de músculos.

Bierce gruñó una maldición antes de añadir:

—Estoy preocupado por cualquier cosa que ponga en peligro mis planes. Mac Kenna me inquieta, eso es todo. No vamos a intentar lo de esta noche sin estar seguros de él. —Muy bien Manda a los muchachos que le den lo suyo y asunto terminado.

—No es tan fácil.

—No veo porqué.

Bierce se echó hacia adelante en su sillón.

—No seas estúpido. Mac Kenna llegó a ocupar un puesto importante en el boxeo. Los periódicos se lanzaban sobre sus actuaciones y llenaban páginas enteras con su nombre, de manera que le dieron cierta popularidad. No podemos deshacernos de él así, de cualquier manera. Todo el mundo sabe que está en mi nómina. Nos traería complicaciones, y precisamente ahora es lo que menos deseo.

Clair arrojó el periódico con cierta impaciencia.

—Bueno —resopló—; es inaudito que te inquiete una cosa tan insignificante. ¿Qué piensas hacer?

—Hablaré con él. En último extremo haré que le rompan un par de huesos y le arrojaré a la cuneta. No tiene otros medios de vida ni manera de conseguir dinero a estas alturas. Y por otra parte sabe lo que le espera si suelta la lengua.

—Tonterías; eso sí es correr un riesgo.

—No con un tipo como Mac Kenna. Lo conozco muy bien.

Se echó a reír con nerviosismo. Estaba riendo todavía cuando un timbre sordo dejó oír un ronco aviso.

—Ahí llega —rezongó, recostándose en su asiento.

Oprimió un botón y la puerta se abrió en silencio. Un tipo de anchos hombros, cuello de toro y estrecha cintura quedó enmarcado en el umbral.

—Entra, Frank —autorizó el jefazo.

Frank Mac Kenna entró resueltamente. La puerta se cerró detrás de él silenciosamente como se había abierto.

El ex púgil era un ejemplar impresionante en cuanto a desarrollo muscular. Por otra parte, su rostro, a pesar de acusar unos rasgos cargados de dureza, no estaba achatado ni desfigurado por los golpes. Unos ojos grises de mirar inquisitivo suavizaban la dureza de la cara.

—¿Dónde diablos te habías metido, Frank? —exclamó Bierce—. Hace horas que te ando buscando.

—Usted me dijo ayer que no iba a necesitarme hasta última hora de esta tarde, patrón.

—Sí, bueno… Pero quiero hablar contigo. Sabes que lo de esta noche es importante.

—Yo también deseo hablarle de eso.

Bierce y su ayudante cruzaron una rápida mirada.

—¿Sí? Está bien, Frank, desembucha.

—No hay mucho que decir. No cuente conmigo para semejante faena.

Bierce se quedó mudo durante unos segundos. Clair dejó escapar una risita y comentó:

—Está chalado, Stephen.

—Cállate. Y tú repite eso, Frank.

La voz del pistolero semejaba un chirrido, tensa de ira.

—No voy a intervenir en lo de esta noche —repitió el ex boxeador con calma—. Una cosa es el espionaje industrial, arruinar a gentes estúpidas que se asustan de usted, o guardarle las espaldas, Bierce. Pero asesinar es algo muy distinto y en lo que no voy a mezclarme.

—Ya veo. ¿Por qué has venido a decírmelo, imbécil? Lo más lógico habría sido que hubieras desaparecido como un conejo. Es lo que hacen los cobardes, maldito seas.

—No me ha comprendido, patrón. No soy un cobarde y usted lo sabe, pero no pienso andar escondiéndome como una rata.

—Muy bien, ahora dime qué te propones hacer… suponiendo que puedas hacer algo cuando salgas de aquí. Si sales.

—Estoy seguro que saldré. No es usted tan tonto como para despacharme y atraer la atención de toda la Prensa. Pienso buscar un trabajo decente y…

—¿Qué te parecería el trabajo de cadáver?

—No me gustaría.

—Seguro que no. —Bierce hizo una seña a su ayudante. Éste blandió un revólver y apuntó con él a Mac Kenna, mientras el gran hombre pulsaba un botón—. Voy a llamar a los muchachos, Frank. Creo que tendrán algo que decir en este asunto… aunque te lo digan a su manera.

Mac Kenna esbozó una mueca.

—No se pase de rosca, Bierce —advirtió fríamente—. Usted consiguió arruinar mi carrera de púgil, pero lo de ahora es distinto.

—¡Y tan distinto! Todavía no lo sabes tú bien. Clair balanceó el revólver y repitió:

—No hay duda, Stephen; está chalado.

Desde su mesa, Bierce apretó el botón que accionaba la cerradura automática de la puerta. Dos hombres entraron y se quedaron de pie, aguardando órdenes. Los dos eran extraordinariamente fuertes y sus caras no tenían expresión alguna, ni siquiera en los ojos, que parecían muertos.

Bierce cerró la puerta, hizo una seña a Eric Clair y gruñó, dirigiéndose a Frank:

—Tendrás tiempo de arrepentirte, bastardo. Nunca me ha desafiado nadie y no vas a ser tú el primero.

Inquieto, Mac Kenna cometió el error de volver la cabeza para ver a los recién llegados y prevenir cualquier ataque por aquel lado.

El culatazo de Clair le alcanzó de lleno. Debido a su enorme fortaleza no perdió el conocimiento, pero cayó hacia adelante, aturdido, y rodó sobre sí mismo alejándose del lugarteniente del jefe.

Bierce soltó una risita burlona cuando ordenó:

—Adelante, muchachos. Ya sabéis cuál es el trabajo. Los dos matones avanzaron, casi indiferentes. Desde el suelo, Mac Kenna vio cómo Darton se colocaba una manopla de bronce en los nudillos. Sintió un instante de pánico ante aquello.

Bierce se echó atrás en su sillón, disponiéndose a contemplar uno de sus espectáculos preferidos. Todo su sadismo pareció asomar a sus pupilas. Si había algo que le volvía loco de contento era ver destrozar a golpes a cualquiera que pudiera significar una molestia para sus planes.

Darton avanzó con precaución a pesar de su puño metálico. Su compañero lo hizo más decididamente, mientras Eric Clair

permanecía inmóvil, con el arma en la mano dispuesto a mantener quieto a Mac Kenna.

Pero éste sabía ya lo que podía esperar de aquellos salvajes. Pegó un salto y quedó en pie, con la cabeza dolorida pero con toda su fortaleza reflejándose en los inquietos músculos.

—No te muevas, Frank —le advirtió Clair—. Te meteré un plomo en la barriga si nos proporcionas dificultades.

Frank ni siquiera le miró. Toda su atención estaba pendiente de los dos matones.

Darton fue el primero en atacar a pesar de su aparente prudencia. Disparó un golpe corto con su puño armado de metal. No consiguió tocar al ex púgil porque éste retrocedió vivamente, pero el otro pistolero aprovechó para saltar y la punta de su zapato voló al encuentro del estómago de Mac Kenna.

Éste exhaló el aire de los pulmones como un fuelle. Sintió el lacerante dolor y se dobló sobre sí mismo, retrocediendo.

Animado por su éxito, el matón quiso repetir el golpe, pero esta vez dirigido a la barbilla de su víctima al estar ésta inclinada.

Eso fue una equivocación por su parte. Las grandes manos de Frank dejaron de acariciarse el estómago y saltaron hacia adelante, aferraron el pie que subía a su encuentro y como si quisiera ayudar a éste en su movimiento ascendente lo impulsaron hacia arriba con suma violencia.

El pistolero chilló y salió volando. Dio una vuelta completa en el aire antes de chocar de cabeza contra una silla. Hubo un estrépito y la silla se hizo astillas mientras el pistolero rodaba como un fardo entre los gritos de Bierce y los juramentos de Clair.

Darton golpeó entonces. Su manopla de bronce restalló contra el pecho de Mac Kenna, un poco por encima del corazón. El ex púgil notó lo mismo que si una mula le hubiera pateado. Una sensación de ahogo nubló su visión y retrocedió dando tumbos, luchando para que el aire penetrase en sus pulmones y pudiera alimentar el castigado corazón.

Sin darle tregua, Darton cayó sobre él repartiendo mazazos con su puño protegido de metal. Uno de los golpes cayó sobre un lado de la cabeza de su víctima en el instante que Frank disparaba un gancho escalofriante que le llegó justo bajo el mentón.

Darton salió rodando hasta tropezar con las piernas de Eric Clair

y allí quedó, de rodillas, jadeando y con la sensación de que le habían arrancado media cara.

Por su parte, Mac Kenna se sentía morir. El golpe con la manopla había repercutido en su cerebro, agitándoselo como si lo tuviera dentro de una coctelera. Pensó que tenía la cabeza abierta por la mitad a juzgar por el dolor que sentía y la niebla cada vez más espesa que se extendía ante sus ojos.

La voz de Bierce insultando a sus hombres le llegó lejana y débil. Vio una sombra que se movía entre la niebla y aguardó hasta tenerla al alcance de la mano. Entonces golpeó salvajemente, con toda la furia de que era capaz dominándole hasta la locura. Notó que su enorme puño conectaba en alguna parte y notó la alegría del triunfo al escuchar un terrible alarido de dolor. La forma más oscura que la niebla desapareció de su radio de visión.

Pero entonces las cosas acabaron para él, precisamente cuando se sentía seguro de vencer a los dos matarifes. Darton había logrado sacudirse el aturdimiento y tan pronto vio que su compañero caía fulminado por un espeluznante mazazo en la sien, saltó y su manopla entró de nuevo en funciones.

Sintió cómo la carne de su víctima se abría bajo sus golpes. El metal se llenó de sangre y el gigantesco Mac Kenna cayó hacia adelante igual que fulminado por un rayo.

Darton continuó golpeando y machacando implacablemente, sin piedad y sin que pareciera poner en ello tampoco ningún entusiasmo. Para su cerebro de matarife, estaba haciendo un simple trabajo por el cual le pagaban, de manera que sobraba todo entusiasmo.

Las voces de Bierce, animándole, apenas si lograban abrirse paso hasta su mente. En realidad, no necesitaba ningún incentivo para cumplir semejante tarea. Su obligación era machacar a Frank Mac Kenna y lo estaba haciendo.

El ex púgil ya no se defendía. Había dejado de gruñir y los gemidos acabaron también por extinguirse. No obstante, el puño de bronce, cubierto de sangre, siguió cayendo sobre su cuerpo una y otra vez, manejado con experta precisión. Darton no trató de destrozarle el rostro más de lo que ya lo tenía, sino que concentró sus golpes en las partes del cuerpo donde los efectos podían ser más dolorosos y destructivos, pero con menores señales exteriores.

Bierce, con los ojos brillantes y desorbitados, contempló el salvaje apaleamiento sin parpadear, casi emitiendo gemidos de placer ante lo que estaba presenciando.

Hasta que Eric Clair dijo:

—Si tu idea es matarlo está bien, pero si quieres que viva será mejor que órdenes a ese bestia que se esté quieto de una vez.

Bierce pareció volver a la realidad. Se enderezó, titubeó, poco dispuesto a perderse la diversión… y al fin barbotó:

—¡Ya basta, Darton!

Éste dio un último mazazo contra un costado del derribado Mac Kenna, se despojó de la manopla de bronce y sacando un gran pañuelo del bolsillo, procedió a limpiarla de sangre con perfecta calma.

En su rincón, el otro pistolero comenzó a rebullir. Bierce, disgustado, lo miró y emitió un gruñido. Después ordenó:

—Que alguien quite esa carroña de mi vista.

Para él, el asunto Mac Kenna estaba terminado.

Para Mac Kenna no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO II

El guardia que patrullaba el barrio entró en Chute Street y avanzó tranquilamente por el oscuro callejón. Las plataformas de carga de las grandes fábricas se elevaban sobre el suelo, resaltando con tonalidades grises en la negrura de la noche.

De una plataforma se destacó una sombra más oscura. El guardián pasó casi rozándola y algo se movió en el aire con un ruido silbante.

El policía no pudo hacer ningún movimiento. El golpe le alcanzó en medio de la cabeza y cuando se desplomó estaba ya sumido en la inconsciencia.

La sombra saltó al suelo, sólo para asegurarse de que el policía ya no representaba un peligro. Después de eso volvió a la plataforma, empujó una puerta de madera y se coló al interior del almacén.

Menos de diez minutos después salió nuevamente acompañado por otro. El vigilante del almacén esperó a que hubieran salido, atravesó la plataforma de carga y dio un vistazo al bulto derribado en el callejón.

Aguardó todavía unos minutos, para dar tiempo a los asaltantes a poner tierra de por medio. Entonces saltó al suelo, cargó con el policía y lo trasladó al otro extremo de la calleja, donde lo dejó frente al almacén de un depósito de chatarra.

Hecho eso, volvió sobre sus pasos y se encerró en la fábrica que se le había confiado en custodia. Marcó las horas de su ronda en los distintos relojes del recorrido y finalmente fue a echar un vistazo a la oficina técnica. Observó con sumo cuidado, pero no pudo ver nada que delatase el paso por ella de los dos intrusos. Suspiró satisfecho. Nadie podría sospechar jamás que dos hombres habían

estado sacando fotografías de unos planos, unos planos que en manos de Stephen Bierce valdrían medio millón de dólares, aunque eso el guardián no lo sabía.

A él le habían valido mil dólares y con eso se daba por satisfecho. Ahora, los planos volvían a estar encerrados en la caja fuerte y nada en ésta delataba el manejo de los dos intrusos.

El vigilante apagó las luces y descendió las escaleras. Con toda normalidad, siguió efectuando su ronda pensando en el destino que iba a dar a los mil dólares tan fácilmente ganados.

* * *

Las acciones de la «Compañía Morrison» habían estado en manos de la familia del mismo nombre durante dos generaciones, hasta que, por exigencias legales debidas a nuevas disposiciones, y también, por el creciente apetito del fisco, había sido preciso dar entrada a nuevos accionistas ajenos a la dinastía. No obstante, el cincuenta y tres por ciento de dichas acciones continuaban en manos de Thomas Morrison, con lo cual conservaba todavía el control de la compañía.

Pero Thomas Morrison no era un lobo de empresa como lo habían sido sus antepasados. Especialmente en su juventud, demasiado blanda a causa del exceso de dinero y la vida muelle, había cometido algunas indiscreciones que la familia consiguió ocultar a base de esparcir puñados de billetes con forzada generosidad.

Ahora, a los cincuenta y cinco años, tenía un exceso de grasa que le impulsaba a eludir toda posible complicación. Mas, en ciertas ocasiones, los deseos de uno no pueden librarle de verse envuelto en cosas que desearía que no hubieran existido jamás.

Algo así le preocupaba en las primeras horas de la noche. Había conseguido librarse del resto de la familia pretextando un agudo dolor de cabeza que le impedía asistir al estreno teatral para el que va tenían las localidades reservadas, de manera que, como era también la noche libre de la servidumbre, se encontraba solo en la gran casa cuando sonó el timbre de la puerta.

Fue a abrir personalmente. Durante unos instantes se quedó mirando al desconocido que entró como si lo hiciera en su

propiedad. Era un hombrecillo de aspecto insignificante, calvo y con gruesos lentes tras los que brillaban unos ojillos astutos y peligrosos.

Thomas Morrison aspiró aire. Pero el otro se le anticipó y preguntó secamente:

—¿Es usted Thomas Morrison?

—Sí.

Cerró la puerta y condujo a su visitante hasta el despacho. No le ofreció ningún asiento, ni le invitó a beber. No hizo ninguna de esas cosas que se esperan de un anfitrión atento con sus visitantes.

El hombrecillo manoseó la cartera de cuero que sostenía entre sus dedos.

—Supongo que sabe usted a qué he venido, míster Morrison.

—Lo sé. ¿Cómo se llama usted?

—¿Qué importa un nombre? Sin embargo, no tengo inconveniente en decírselo —dejó escapar una risita, tan seca como su voz, y añadió—: Mi nombre es Hix. Soy abogado.

—Un sucio picapleitos.

Hix se encogió de hombros.

—Pierde el tiempo si pretende sacarme de mis casillas. Tengo una oferta para usted, míster Morrison. Una oferta que, a mi juicio, no tiene más que una opción.

—Usted sabe que eso es un miserable chantaje, Hix.

—Yo no sé nada de eso. Me han encargado gestionar la compra de unas acciones que están en poder de usted. Bien, para mí el asunto es perfectamente legal. Usted va a vender y mi cliente a comprar, eso es todo.

Thomas Morrison palideció hasta la raíz de los cabellos. Tamaño cinismo hizo burbujear su ira. Pero sabía que estaba atrapado, que su ira era impotente, y se contuvo de la manera que pudo.

—Supóngase que me niego a vender —aventuró con voz débil.

Los hombros del picapleitos se encogieron nuevamente.

—Usted sabrá lo que le conviene. Tengo entendido que en ese caso se verá envuelto en algo muy desagradable, pero, naturalmente, eso no me concierne en absoluto. ¿He de entender que se ha vuelto atrás y no va a vender las acciones?

—¡Maldita sea! —estalló el financiero—. Puede llamar las cosas por su nombre. No tengo más remedio que vender si no quiero ir a

parar a la cárcel. El bastardo que está detrás de usted en este asunto se ha asegurado de…

—No quiero saber nada de sus embrollos, míster Morrison —le atajó Hix—. ¿Va a vender o no?

—Si lo hago, mi compañía quedará en sus manos…

No obtuvo respuesta. Reinó un tenso silencio. Por unos instantes sintió la tentación de mandarlo todo al diablo y no acceder al chantaje a que le sometían. Incluso podía llamar a la policía… denunciar el asunto y resignarse con una corta condena por lo que saldría a relucir de su pasado.

No obstante, sabía que no se atrevería a hacerlo. No podía desencadenar tamaño escándalo cuyas salpicaduras ensuciarían a sus propios hijos. Su nombre quedaría manchado para siempre…

Durante aquellos fugaces instantes pensó también en vender la parte de acciones que le exigían y comprar después las de otros accionistas, con lo cual el control de la compañía volvería a sus manos. Más también eso le estaba vedado y él lo sabía aunque se negara a reconocerlo. Bierce se le había adelantado y una gran parte de los accionistas le habían cedido sus valores, forzados lo mismo que él por la presión del pistolero.

—Está bien —cedió al fin cansadamente—, venderé.

Hix no formuló ningún comentario. Extrajo unos documentos de su cartera, los estudió durante unos instantes y acto seguido los pasó al financiero.

—Firme ahí, míster Morrison —dijo—. Tengo el cheque preparado. Debe usted reconocer que, después de todo, le pagan a usted sus acciones casi al precio de cotización actual…

Y míster Thomas Morrison firmó.

* * *

Se llamaba Doris. Sólo eso. Realmente, su nombre verdadero a nadie le importaba. Para sus actividades, Doris era más que suficiente.

Había llegado a la gran ciudad casi un año antes de su encuentro con el apuesto Charlie. Durante aquel duro año, Doris, que entonces no se llamaba así, había recorrido toda la escala amarga de los desplazados, aceptando cualquier clase de empleo, cualquier sueldo

para ir tirando a la espera de algo mejor.

Entonces conoció a Charlie y la vida pareció cambiar para ella.

Y realmente, cambió.

Creyó que se trataba del gran romance de su existencia, del sueño loco de juventud que raras veces se consigue. Idolatró a aquel hombre hasta que se dio cuenta, demasiado tarde, de lo que había hecho.

Cuando supo que Charlie no era más que un gancho de la organización de Bierce ya no pudo escapar de las garras de semejante cadena. Los poderosos e invisibles grilletes de los explotadores de la prostitución se habían cerrado en tomo a ella y era imposible escapar.

Así se degradó y su vida se vio convertida en un infierno.

Hasta que no pudo resistir más y decidió librarse de las cadenas.

Ella había oído contar espeluznantes historias de otras rebeliones semejantes. Muchachas que, al igual que ella, llegaron a la conclusión de que era preferible morir antes de continuar soportando aquel sucio infierno en beneficio de unos desalmados. Algunas de ellas habían aparecido después flotando en las aceitosas aguas del río, medio comidas por las ratas y casi irreconocibles. Otras… era mejor no recordar lo que les había sucedido.

Doris pensó que a ella no le sucedería nada de eso. Acudiría a la policía, dejaría que la encerrasen si ése era el castigo a las mujeres como ella, pero los esbirros de Bierce jamás conseguirían atraparla.

Lo malo fue que al acudir a la policía le faltó valor. Por dos veces se detuvo frente a la entrada del Precinto. Luchó con su voluntad, que la impulsaba a subir la corta escalera… y acabó retrocediendo, asustada.

Cuando se decidió por tercera vez se dijo a sí misma que no volvería atrás. Nada podría detenerla ahora… Sabía que subiría aquellos peldaños y se encontraría a salvo.

Pero había esperado demasiado.

No vio acercarse el coche hasta que se detuvo a su lado, junto al bordillo de la acera. Entonces comenzó a darse cuenta de lo que la amenazaba y trató de chillar, o de echar a correr…

Una mano ruda y brutal cayó sobre su boca y unos brazos de hierro la levantaron en volandas, arrojándola dentro del coche. Éste salió disparado por la casi desierta calle y los escasos mirones que

habían presenciado la escena del rapto no pudieron hacer nada para evitarlo… suponiendo que alguno de ellos se hubiese atrevido a intentarlo, cosa muy discutible.

Dentro del auto, alguien la golpeó duramente en la sien privándola del conocimiento. Cuando despertó, el coche estaba maniobrando y poco después se detuvo.

La sacaron en volandas a pesar de sus esfuerzos por resistirse Manos rudas, obscenas y salvajes se aferraron a su cuerpo mientras era trasladada a un gran cobertizo.

Allí, en la semioscuridad, Doris creyó que había llegado a lo más abyecto del infierno. Su pobre cuerpo fue sometido al trato más salvaje y repugnante que jamás pudo imaginar. Se sintió lacerada y herida, su piel se desgarró en la inútil lucha, las carcajadas de sus verdugos amenazaban con enloquecerla… y se rindió.

Cuando recobró la conciencia estaba tendida sobre un suelo de cemento. Sus ropas habían sido desgarradas, su pobre cuerpo sangraba por incontables heridas dolorosas y poco profundas y sus entrañas ardían.

Alguien se le acercó. Otro comenzó a reírse. Unas manos como garfios la sujetaron por los cabellos, inmovilizándole la cabeza. Entonces supo que lo sufrido hasta entonces no eran más que caricias comparado con lo que le aguardaba y comenzó a chillar como poseída por el diablo.

Las primeras gotas del líquido corrosivo cayeron sobre su rostro cuando su chillido se convirtió en el aullido de una bestia herida, lacerada sin piedad. Sintió la horrible quemadura en el rostro, el ácido inició su obra de destrucción y la carne burbujeó y se descompuso y el dolor fue tan infernalmente insoportable que el aullido mortal se extinguió entre gorgoteos de agonía.

Siguieron vertiéndole el infernal líquido sobre el rostro, sobre el busto desnudo… pero respetaron sus ojos. Querían que, si lograba sobrevivir, pudiera contemplar en el espejo el espeluznante espectáculo en que se habría convertido su belleza…

Cuando la dejaron abandonada en un prado cercano a la carretera, aquel rostro jamás volvería a tener aspecto humano. Y lo que era más importante para la organización, serviría de clara advertencia para las demás mujeres con sueños de libertad.

CAPÍTULO III

Es difícil para cualquier ser humano tener una idea aproximada de lo que debe sentirse al volver a la vida después de estar muerto horas y horas.

Frank Mac Kenna emergió de las brumas de la muerte como un resucitado. Lo hizo entre oleadas de dolor, un lacerante dolor agarrotándole el cuerpo, aplastándole contra la tierra húmeda.

Terribles náuseas acabaron de hundirle y durante unos minutos apagaron el tormento que agarrotaba su cuerpo. Después trató de moverse y un grito incontenible brotó de sus labios ante el renovado dolor que creció en oleadas en cada partícula de su cuerpo.

Su mente recobró la lucidez mucho antes que el cuerpo sus fuerzas. Tendido bajo las estrellas, sintiendo la caricia del aire fresco que susurraba entre el follaje, revivió mentalmente lo sucedido. Se maravilló de estar vivo todavía después de la salvaje paliza de los dos matones de Bierce. Recordó los bestiales golpes, el sadismo que delataban las exclamaciones de entusiasmo de Bierce, los gritos de Eric Clair animando a los dos verdugos, cuando éstos no necesitaban ningún estímulo para cumplir su tremendo cometido con eficiencia…

Pasó cerca de una hora antes no se decidió a moverse otra vez. Las oleadas de dolor se repitieron, pero se obligó a sí mismo a resistir con la boca cerrada. Consiguió arrastrarse unos cuantos pies y así remontó un suave altozano cubierto de hierba. Desde allí distinguió la cercana carretera. De vez en cuando, las brillantes luces de un auto pasaban raudas, barrenando la negrura de la noche hasta extinguirse nuevamente en la distancia.

No tenía la menor idea de dónde se encontraba, pero eso no le

preocupaba en aquellos instantes. Dedicó la siguiente media hora a descansar, haciendo lentas y suaves flexiones con los brazos primero, con el torso después, todavía sentado en el suelo. Había momentos en que creía enloquecer de dolor y débiles gemidos escapaban de sus prietos labios, pero su recia voluntad templada en los brutales combates de boxeo se impuso y poco a poco, con tormentos terribles, consiguió que sus entrenados músculos volvieran a responder a sus llamadas.

En su reloj vio que eran más de las tres de la madrugada. Debía haber permanecido horas y horas inconsciente. Se preguntó si el bien organizado asesinato que Bierce planeara para aquella noche se habría consumado.

Rechinó los dientes. Bierce había cometido un grave error que le costaría sudar sangre, pensó…

El error de dejarle vivo después de semejante apaleamiento.

Si Bierce hubiese cometido el crimen, si aquel desconocido Bradbury estuviera muerto… Bueno, sería el final de Bierce y no le valdrían sus poderosos valedores. Y en último caso, lo aplastaría con sus propias manos.

Cuando llegó al borde de la carretera el reloj señalaba las cuatro de la madrugada. Sintió que las piernas se negaban a sostenerlo por más tiempo. Comprendió que el castigo sufrido era mucho más grave de lo que supusiera en un principio y luchó por conservar el conocimiento.

Mas esta vez su voluntad le falló. Cayó hacia adelante en el preciso momento que unos faros brillantes se acercaban despacio. No llegó a distinguir la luz roja que giraba regularmente sobre la carrocería. Así pues, cuando el auto-patrulla se detuvo, los dos agentes que lo pilotaban recogieron un cuerpo gigantesco y pesado totalmente inerte, igual que muerto.

La radio de los patrulleros comenzó a transmitir la urgente llamada. El engranaje se puso en marcha movilizando una ambulancia, médicos y enfermeros, policías de guardia y, finalmente, fue incluida en el teletipo policíaco y comunicada a todos los Precintos, a la Central y en ésta, a los oficiales de la poderosa Brigada Secreta.

Así llegó a manos del teniente James Digger tan pronto éste entró de servicio a las ocho de la mañana.

Necesitó leer dos veces la noticia antes de comprender el alcance de semejante comunicado. Entonces llamó al sargento Carr, y mientras aguardaba a éste, telefoneó al hospital, donde le dijeron que Frank Mac Kenna continuaba en estado inconsciente.

El sargento entro con su eterna cara de sueño, un cigarrillo humeaba entre sus labios.

—Lea esto, Carr.

Lo leyó. Al igual que Digger, expresó su estupor y releyó el contenido de la cinta.

—Estaba usted en lo cierto —rezongó—. ¿Sabe si son graves las heridas de ese tipo?

—Parece que sí; todavía está inconsciente. Va usted a trasladarse al hospital, sargento, y se quedará allí vigilando que nadie se acerque a Mac Kenna. Tan pronto recobre el conocimiento, llámeme. ¿Comprendido?

—Perfectamente. Usted teme que intenten acabar con Mac Kenna, ¿no es eso?

—No; si hubiesen tenido intención de matarlo lo hubieran hecho antes de arrojarlo a la cuneta. Más bien creo que fue un escarmiento. Pero todo eso son conjeturas. Avíseme tan pronto sea posible interrogarlo, sargento.

Éste salió del despacho. Digger se recostó en el sillón y encendió un cigarrillo, rememorando los viejos tiempos, cuando él y Mac Kenna correteaban por las calles de aquel barrio extremo. Después, en la escuela… Sonrió al recordar que su hercúleo condiscípulo era quien más muchachas llevaba de coronilla. Todas parecían perder el seso por él, o por sus músculos…

Después, cuando Frank inició su carrera en el *ring*, apenas si se habían tratado. Y luego… el muy estúpido entró en la nómina de Bierce.

Bien, tal vez el recuerdo de la vieja amistad pudiera persuadir a Mac Kenna para colaborar con la policía.

Revisó los informes que llegaban a su mesa periódicamente. Los distintos departamentos remitían copias de cualquier novedad a la Brigada. Digger, cuyo cerebro seguía ocupado con su obsesión por Bierce, leyó el absurdo ataque a un policía de servicio, encontrado inconsciente junto a un almacén de chatarra; el hallazgo de una mujer con el busto y la cara desfigurados por un ácido corrosivo, y

con el resto del cuerpo lacerado por multitud de rasguños y pequeñas heridas; el asalto a un camión de peletería; el robo de una pareja que estaba haciéndose el amor dentro de un coche cuando el ladrón los sorprendió, y entre otras comunicaciones, el suicidio de un financiero llamado Thomas Morrison.

Arrojó los informes sobre la mesa y arrugó el entrecejo. Se dijo que, por lo menos una parte de esos delitos habían sido ordenados por Bierce sin duda alguna. Maldijo para sus adentros y se levantó de un salto.

Llamó a un sargento para que se hiciera cargo del departamento durante su ausencia, tomó el coche y condujo rápidamente hacia el hospital. No obstante, la apretada circulación de las calles le obligó a disminuir la velocidad. Eso acabó de ponerle de mal humor, ya que no le gustaba utilizar la sirena salvo casos extremos.

Un interno joven de mirar inteligente le condujo a la habitación donde habían hospitalizado a la muchacha desfigurada por el ácido.

Delante de la puerta del cuarto montaba guardia un policía de uniforme. Digger le mostró su credencial y el hombre se apartó.

El interno comentó al entrar:

—Si tiene usted intención de interrogar a esa desgraciada, teniente, es mejor que lo olvide. No creo que pueda recobrar el conocimiento.

—¿Tan mal está?

—Seguro. Los bastardos que han hecho eso se han pasado de rosca. El ácido ha corroído el pecho izquierdo hasta casi alcanzar el pulmón.

—Ya veo…

—Se les fue la mano y vertieron demasiado. En cambio, en la cara lo hicieron más cuidadosamente. Sólo destrozaron lo que les convino.

—Hijos de perra…

Se interrumpió al darse cuenta que había jurado en voz alta. Casi se avergonzó de haberse dejado llevar por la ira delante de un extraño.

Acercándose a la cama, vio una forma humana envuelta en vendajes. Era una momia inmóvil en la que solamente podían verse los ojos a través de dos aberturas de las vendas. Unos ojos cerrados y cuyas pestañas no acusaban ningún movimiento.

Necesitó inclinarse sobre la desgraciada muchacha para percibir su débil respiración.

—¿Cree que morirá sin recobrar el conocimiento? —indagó con voz sorda.

El médico echó un vistazo a la inmóvil figura.

—No puede asegurarse, pero incluso si recobra la conciencia es dudoso que pueda hablar.

—¿Cómo tiene las manos?

—¿Qué?

Digger bajó suavemente la sábana que cubría a la mujer. Vio que estaba desnuda, vendada hasta la cintura.

Las manos descansaban lacias a ambos lados del cuerpo, pero estaban intactas, muy blancas.

—Si no puede hablar tal vez pueda escribir —rezongó, volviendo a subir la sábana.

—Lo dudo.

Digger dirigió una mirada al médico. Luego gruñó:

—Sólo que responda sí o no a un par de preguntas… creo que con eso sería suficiente.

Vamos, salgamos de aquí.

Mientras recorrían el pasillo, el interno comentó:

—Por lo visto, esta noche pasada ha sido de gran actividad.

—Lo sé. ¿Dónde tienen a Frank Mac Kenna? He mandado un sargento para que se ocupe de él.

—Le acompañaré. También está aquí un guardia al que le han roto la cabeza de un golpe, aunque supongo que ya lo sabe usted.

—Sí, luego hablaré con él… si puedo.

—¡Oh, seguro! Le han colocado algunos puntos de sutura, pero se encuentra bien ahora.

El sargento Carr pareció sorprendido de ver a su jefe sin que él le hubiese llamado, pero cerró la boca y entró detrás del teniente y el médico a la habitación de Mac Kenna.

Éste casi llenaba la cama con su gigantesca humanidad. Respiraba pesadamente, aunque con regularidad. El interno explicó:

—Le hemos aplicado un sedante. Cuando se recobre habrá que examinarlo por rayos X; parece que hay alguna fractura. No había visto nunca a nadie con semejante paliza en el cuerpo y que siguiera vivo…

Digger permaneció casi un minuto mirando el rostro atezado del ex púgil. Tenía un ojo hinchado y tumefacto. Le habían colocado un parche sobre el labio superior, monstruosamente hinchado también, y se distinguían oscuros moretones por toda la cara.

Como si adivinara sus pensamientos, el médico murmuró:

—Eso no es nada, teniente; tendría que ver usted su cuerpo…

—Sí, ya imagino que no es nada agradable. ¿Cuánto tardará en recobrar el conocimiento?

—Tal vez dos horas o más, pero incluso entonces habrá que esperar. No estará en condiciones de hablar todavía.

—Bueno, el sargento seguirá aquí hasta que sea posible interrogarlo. Vamos a ver a ese guardia ahora.

El policía estaba sentado en la cama, recostado contra un par de almohadas, y su cara seguía pálida a causa de la pérdida de sangre.

El teniente le estrechó la mano. El interno, esta vez, se quedó fuera de la habitación.

Digger dijo:

—Según el médico, lo de usted no es nada grave. ¿Cuál es su nombre?

—Peter Kile, señor.

—Bien, Kile; no le molestaré mucho. Imagino que ya habrá tenido que responder un montón de preguntas desde que está aquí.

—Sólo a las del teniente de mi Precinto, señor. Lo que no comprendo es qué tiene que ver la Brigada Secreta con todo esto. Yo creo que fueron una de esas pandillas de gamberros los que…

—¿Vio usted al que le atacó?

—Ni por asomo. De repente me pareció que el mundo estallaba y ya no supe nada más hasta que me desperté aquí.

—¿Le quitaron algo, el revólver, municiones…?

—Eso es lo más extraño, teniente; no me falta nada en absoluto.

—Ahí tiene. Los gamberros capaces de atacar a un policía lo hacen por algún motivo determinado. O para robarle el arma y la munición, o para quitarlo de en medio mientras cometen un robo o un asalto. No he podido encontrar ningún robo denunciado en su demarcación, Rile.

El guardia hizo una mueca. El teniente tenía razón, lo cual acababa de desconcertarle.

Pero la siguiente pregunta le preocupó todavía más.

—¿Sabe dónde le encontraron? —indagó el teniente.

—Me han dicho que estaba tirado frente al almacén de chatarra. Conozco la calleja, señor, y sé perfectamente dónde está ese almacén. Pero no me atacaron allí, teniente. Digger se enderezó.

—Repita eso.

El guardia movió la cabeza de un lado a otro, pero contuvo el movimiento ante el alfilerazo de dolor que pareció taladrarle el cerebro.

—Recuerdo que acababa de pasar la plataforma de carga de la fábrica de plásticos. Había unas cajas amontonadas en un extremo. Fue delante de la plataforma de la «Compañía Morrison» donde me golpearon.

—¿Está seguro?

—Por completo, señor. Alguien debió trasladarme después.

Algo estaba tratando de abrirse paso en la mente del teniente. Pero fuese lo que fuera, escapaba a sus intentos por el momento.

—Trate de recordar, Kile —pidió—. ¿No vio ni la silueta de su atacante? Tal vez una sombra que usted confundió con otra cosa, o un movimiento al que de momento no dio importancia…

—Es inútil, teniente. Ya he estado devanándome los sesos sobre eso sin resultado alguno. No vi nada en absoluto.

—¿Cómo ha dicho que se llama esa compañía de plásticos?

El agente Kile parpadeó.

—No se lo he dicho —aclaró—. La plataforma de esa fábrica es la que dejé atrás antes del ataque. Éste se produjo delante de la «Compañía Morrison». El almacén da a la calleja, como la mayoría de los que…

—Un momento —le atajó Digger secamente.

Acababa de recordar la cinta del teletipo, y la noticia del suicidio de un tal Thomas Morrison, financiero…

—¿Sabe cómo se llama el propietario de la «Compañía Morrison»?

El agente hizo un gesto negativo.

—Bueno, no importa.

Se levantó precipitadamente. Ya estaba en la puerta cuando volvió la cabeza y gruñó:

—Me alegro que no sea nada serio lo suyo, Kile. Venga a verme cuando salga de aquí.

—Así lo haré, señor.

Digger cerró la puerta. Mientras descendía en el ascensor iba reflexionando en algunos detalles oscuros y en otras que, para él, no lo eran tanto. Después de los años de recopilar datos sobre los manejos de Bierce podía identificar su estilo a una milla de distancia.

Y todo aquello estaba tomando un cariz que delataba la mano del pistolero en una de sus clásicas maniobras para arruinar una empresa, o por lo menos, para conseguir su control por cuenta de algún grupo financiero con tan pocos escrúpulos como el mismo Bierce.

Desde el vestíbulo del hospital realizó un par de llamadas telefónicas. Cuando colgó el auricular sabía que el hombre llamado Thomas Morrison, el suicida, era el director y principal accionista de la «Compañía Morrison».

CAPÍTULO IV

Durante el día, Chute Street no tenía el lóbrego aspecto que adquiría al caer la noche. Pesados camiones se alineaban delante de las plataformas elevadas. Las voces de los camioneros, mozos de carga y empleados resonaban con su bronco acento. El chirriar de las grúas se mezclaba con las voces, y entre unas cosas y otras, el callejón tomaba un aspecto bullicioso y normal.

El teniente Digger lo recorrió de un extremo a otro observando el ajetreo de la carga y descarga. Después volvió atrás y se detuvo frente a la gran nave sobre cuya ancha puerta había un letrero con el nombre de la «Compañía Morrison».

En contraste con los demás almacenes, la puerta de éste estaba cerrada y ningún camión esperaba delante de ella.

Digger encendió un cigarrillo y se apoyó en la carrocería de un camión aparcado al otro lado de la calle. Observó durante unos minutos la desierta plataforma que tenía enfrente. Debían guardar un día de asueto en señal de duelo por la muerte del patrón…

Cuando hubo apurado el cigarrillo atravesó la calle y saltó sobre la plataforma vacía. Empujó la gran puerta, sólo para comprobar que estaba cerrada.

Volvió sobre sus pasos y anduvo rodeando la manzana en busca de la parte delantera del edificio de la «Compañía Morrison». También las puertas de aquella parte estaban cerradas y un pequeño rótulo fijado al cristal aclaraba el motivo de semejante inactividad.

Comenzó a preguntarse por qué se habría suicidado Thomas Morrison. Forzosamente tendría que investigar un poco aquel asunto. Si, tal como sospechaba, todo era una maniobra de Bierce para hundir la compañía, quizá con la ayuda de Mac Kenna podría obtener resultados positivos y funestos para Bierce…

Regresó a su despacho y desenterró el voluminoso expediente del pistolero. Repasó una vez más la colección de datos e informes que había logrado reunir y se convenció de que otras veces habían sucedido cosas muy semejantes a las que envolvían ahora a la «Compañía Morrison».

Hecho eso, averiguó a qué Precinto correspondía el caso del suicidio. Después llamó a cierto agente de Bolsa conocido y fijó una cita con él para una hora más tarde.

De nuevo abandonó el despacho y pasó la siguiente hora haciendo averiguaciones sobre el asalto a la camioneta de peletería. Sólo logró saber que los ladrones habían escapado con un botín en pieles finas valoradas en doscientos mil dólares; que los dos empleados que conducían el cargamento no pudieron captar los rasgos de los ladrones a causa de llevar éstos las caras cubiertas con trozos de medias de nylon, y que los tres que habían realizado el trabajo empuñaban revólveres de gran calibre.

Finalmente, llegó a la oficina del agente de Bolsa con diez minutos de retraso.

El agente, un hombre llamado Bart Jenkins, estrechó su mano cordialmente y le invitó a tomar asiento.

—¿Se propone emplear sus ahorros en la Bolsa, teniente? —bromeó, ofreciéndole un cigarrillo.

Digger lo encendió, aspiró el humo y gruñó:

—Mi sueldo no da para tanto, Jenkins. Necesito otra clase de trabajo y creo que usted puede hacerlo.

—Si es así delo por hecho. ¿De qué se trata esta vez?

—Un financiero llamado Thomas Morrison se ha suicidado esta noche…

—Lo sé.

—Bueno, quiero saber cuál es la situación real de la «Compañía Morrison». Ya sabe a qué me refiero; si amenaza ruina, si ha experimentado grandes pérdidas últimamente o si por alguna razón se encuentra en dificultades. Y naturalmente, qué cantidad de acciones conserva Morrison, o conservaba hasta su muerte.

—Ya veo… ¿Por qué se interesa la Brigada en una cosa semejante? Aunque hubiese una quiebra fraudulenta no…

—De momento no se rompa los cascos pensando en eso. Limítese a lo que me interesa. Sin embargo, le diré que tengo poderosas

razones para interesarme por esa compañía, Jenkins.

—Está bien, tendré esos informes a última hora de esta tarde. Se los enviaré a su despacho cuanto antes. ¿Alguna cosa más?

—En absoluto. Sólo darle las gracias. Avíseme si alguna vez se ve en apuros.

—Lo recordaré cuando me decida a cometer un crimen…

Digger cerró la puerta a sus espaldas. Se preguntó hasta qué punto estarían relacionados con Bierce los sucesos de la noche pasada. Según el informe del teletipo, la mujer destrozada con ácido era una simple buscona de mediana categoría. Bierce explotaba la prostitución y no sería la primera vez que sus esbirros hacían un escarmiento entre las desgraciadas que estaban bajo sus garras.

En cuanto a Frank Mac Kenna, no cabía duda que los rumores que sus confidentes habían hecho llegar hasta él habían resultado acertados.

Y en lo referente al guardia herido, era sintomático que lo hubiera sido delante de la salida trasera de la fábrica de Thomas Morrison, la misma noche en que éste se suicidaba…

Llegó al Precinto correspondiente y encontró al teniente encargado del caso Morrison sumido en el estudio de los informes.

—No pensé que eso atrajera la atención de su Departamento, Digger —comentó el otro policía.

—Bien, sólo estoy tratando de encontrar una relación entre el suicidio de ese hombre y otro suceso acaecido la noche pasada. ¿Qué puede usted decirme?

—Apenas si hay nada de interés… excepto un dato. Míster Morrison se quedó solo en la casa anoche. Los sirvientes tenían el día libre. La familia asistió a un estreno teatral…

—Un momento. ¿Por qué Thomas Morrison no los acompañó?

—Dijo que sufría un fuerte dolor de cabeza. Cuando la familia regresó del teatro lo encontró caído en su despacho-biblioteca. Todavía empuñaba el revólver con su mano derecha y la mitad de su cabeza había desaparecido. El revólver era un «38» oficial.

—¿Dónde está el dato interesante?

El policía del Precinto esbozó una mueca de disgusto. Luego, con voz neutra, dijo:

—Míster Thomas Morrison era zurdo.

Digger pegó un brinco.

—¡Asesinato! —exclamó.

—Tal vez… pero difícil de probar. Bueno, en realidad, es difícil insinuarlo siquiera.

Todas las influencias de la familia se nos echarían encima, temerosos del escándalo.

—¡Al diablo con eso! ¿Han tratado de saber si recibió alguna visita mientras estuvo solo?

—Tengo a algunos hombres ocupados en este asunto, aunque se ven obligados a trabajar muy discretamente. Le mantendré informado de las novedades, Digger, si es que las hay.

—Estoy seguro que las habrá. ¿De quién era el revólver con que Morrison murió?

—Suyo. Tenía licencia de armas.

—¿Se sabe dónde solía guardarlo?

—En su mesa-escritorio, en el despacho donde le encontramos a él.

—Ya veo. No deje de notificarme cualquier novedad que surja en este caso, por favor.

Se despidió y regresó a su coche cada vez más convencido de que, una vez más, estaba luchando con las maquinaciones de Bierce.

Lo importante era saber si ésta sería la última.

* * *

Lizzy Minnow se enteró del estado de Frank Mac Kenna por las primeras ediciones de los periódicos de la tarde. Sintió que su mundo se tambaleaba y durante unos instantes no supo qué hacer ni qué pensar. Delante de sus ojos danzaban las letras del diario pregonando la gravedad del herido. Todo lo demás se esfumaba entre una niebla de angustia.

Cuando reaccionó, volvió a leer el reportaje para enterarse del hospital en el que Frank había sido internado y no perdió más tiempo. Voló en busca de un taxi.

Lizzy era una muchacha de unos veinticuatro años a lo sumo, estatura más que mediana y un cuerpo en el que no faltaba el menor detalle para ser perfecto. Era tan hermosa, que había veces en que Frank le confesaba, aturdido, sus temores ante la sola idea de perderla como un bello sueño que se esfuma.

Ella recordaba siempre el mal principio que había tenido su vida en la gran ciudad, engullida por el engranaje implacable de la corrupción. Sólo gracias a Frank Mac Kenna había logrado evadir su amargo destino para convertirse en una muchacha apasionada y ardiente, enamorada más allá de toda duda.

Para ella, Frank era toda su vida.

Y ahora estaba herido, tal vez moribundo…

En el hospital se encontró con la desagradable sorpresa de no poder verlo. La policía custodiaba al ex boxeador.

Insistió, sus lágrimas se desbordaron, y finalmente la enfermera de turno consintió en hablar con el sargento Carr.

Éste dijo:

—Déjela subir. De todas maneras, el teniente está en camino, de manera que él querrá hablar con esa chica.

Lizzy subió al piso sintiendo el loco golpeteo de su corazón. Cuando vio al sargento su entereza se vino abajo y empezó a sollozar amargamente ante el desconcierto del policía.

Carr, no sabiendo qué hacer para evitar aquel llanto, se limitó a depositar a la muchacha en una silla y aguardar, rogando al cielo que el teniente llegase cuanto antes.

—¿Cómo… cómo está? —Hipó la muchacha entre sollozos.

—¿Mac Kenna? Bueno, se encuentra bien.

—Lo dice para consolarme… Los periódicos están llenos de noticias sobre Frank… Está grave…

—Ya sabe cómo exageran esos reporteros, muchacha. El se encuentra mucho mejor de lo que cabía esperar. Es un tipo muy fuerte y su naturaleza le ha ayudado a superar la crisis…

Calló, aturdido. Ella se levantó, indecisa.

—¿Puedo verlo? —suplicó.

—Lo siento… Nadie puede ver a Mac Kenna hasta que el teniente haya hablado con él.

Quédese aquí, tranquilícese y todo irá bien. El teniente no puede tardar.

—Pero… Frank se alegrará de verme…

—Cualquier hombre se alegraría de verla, niña —rezongó Carr —. Aguarde al teniente. Lizzy no insistió. Su mente estuvo luchando con la incertidumbre hasta la llegada de Digger, el cual habló con el sargento en voz baja antes de enfrentarse con ella.

—¿Es usted amiga de Mac Kenna? —indagó después.

—Sí… ¿Por qué no me dejan verlo?

—Nadie va a impedírselo. Venga conmigo.

La hizo entrar delante suyo, de manera que el herido la vio antes que al teniente.

—¡Lizzy! —exclamó Frank, atónito.

—¡Frank! ¿Qué te han hecho?

Corrió hacia él. Un instante después estaba abrazada al ex púgil y sus labios se posaban suavemente sobre los rotos de él.

Digger cerró la puerta con cuidado y esperó. Cuando Frank consiguió apartar a la muchacha lo suficiente para poder verlo a él soltó un gruñido.

—Debí haberlo imaginado —rezongó—. ¿Por qué la has traído a ella, polizonte?

—Yo no he traído a nadie. Esta muchacha ha venido por su propia cuenta, Frank. Ni siquiera conocía su existencia.

—Es cierto, querido —susurró Lizzy.

Digger avanzó hasta colocarse al otro lado de la cama.

—Esta vez te han dado una buena paliza, Frank —gruñó—. ¿Qué tienes que decirme?

—No hay nada que decir.

—Eso crees tú.

El teniente señaló la puerta a Lizzy. Trató de suavizar su voz cuando dijo:

—Espere fuera, muchacha; después le permitiré entrar de nuevo y podrá quedarse un rato, pero ahora quiero hablar a solas con ese cabezota.

Ella obedeció después de un leve titubeo. Tan pronto se hubo cerrado la puerta, Digger se dejó caer en la silla que había junto a la cama, y refunfuñó:

—Eres el tipo más estúpido que he conocido jamás, Frank.

—Está bien, soy un estúpido.

—Yo sabía que te sucedería eso a no tardar. Tú no has nacido para perro guardián, y menos de un tipo como Bierce.

—Sigue hablando.

—¡Claro que seguiré! ¿Qué te propones hacer ahora?

—No lo sé.

—Han sido los matones de Bierce quienes han estado a punto de

matarte. ¿Vas a dejar que sigan riéndose de ti después de semejante paliza?

—Yo no he dicho que hayan sido ellos quienes me han tumbado.

—No me salgas con ésas. Sé que han sido ellos. Te diré más; sabía que Bierce planeaba escarmentarte desde hace irnos días.

—¿Y qué con eso?

—Bueno, hace mucho tiempo que voy detrás de ese bastardo. Sólo me falta una pequeña ayuda y acabaré con él… Tú puedes ser esa ayuda, Frank.

Éste hizo una mueca.

—No me seduce la idea, James.

—Ya veo —gruñó Digger, despectivo—. Tienes miedo.

—Puedes creer eso si se te antoja, pero yo tengo otras ideas Tú jamás podrás ni acercarte a Bierce, compañero. Los tipos que le protegen están tan por encima de ti que te darían mareos si subieras a su altura.

—¿Tú sabes quiénes son?

—No.

—Mira, Frank, no me apures. Trato de hacer esto en un terreno más o menos privado. Pero puedo someterte a interrogatorio y las cosas se te pondrían más difíciles. ¿Por qué te han hecho eso?

—¿La paliza? No sé quién me atacó. Me asaltaron en un callejón.

—Mientes muy mal, estúpido. Deberías darte cuenta del daño que Bierce causa a toda la ciudad. Yo quiero acabar con él y tú deberías desear lo mismo aunque sólo fuera para vengarte.

—Cuando desee vengarme no necesitaré tu ayuda, James. Me basto yo solo.

—Narices. ¿Crees que podrás enfrentarte sólo contra el cacique del vicio, contra el hombre que maneja el delito organizado en la ciudad? Si es así, estás loco.

—Bueno, para empezar estás en un error; Bierce no es el cacique del vicio, aunque sea él quien da la cara.

Hay alguien más importante por encima que es quien planea los negocios.

Eso dejó al teniente mudo de estupor. A pesar de toda su paciente labor en los últimos tiempos para reunir datos contra Bierce, jamás tropezó con nada que insinuase la existencia de un cerebro superior al del pistolero.

—No te creo, Frank —resopló, furioso—. Tratas de confundirme con una cortina de humo.

Mac Kenna limitóse a encogerse de hombros, lo que encrespó al teniente.

—Sé que ha sido Bierce quien ha ordenado apalearte. Sé también que estaba planeando algo grande y estoy convencido de que lo ha llevado a cabo. Sólo tienes que decirme cuáles eran los planes de tu jefe y todo habrá terminado para él. ¿Crees que va a dejarte en paz después de la paliza?

—Seguro. Sólo se propuso hacer un escarmiento conmigo —confesó Frank con desfachatez.

—Así que al fin lo reconoces —estalló Digger—. Bueno, ahora cuéntame por qué ese escarmiento.

—No hay nada que contar. ¿Por qué no te largas y dejas entrar a Lizzy?

—No tan aprisa. A propósito, ¿qué es esa chica para ti?

—Todo.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

—Me sorprendes, Frank. No me parecías del tipo enamoradizo.

—Y no lo soy. ¿Vas a dejarla entrar de una vez, James?

—Háblame primero de los negocios de Bierce, muchacho.

—No tengo nada que decir.

El teniente apretó los labios, furioso.

—¿Vas a permitir que Bierce se ría de ti a mandíbula batiente, estúpido? El seguirá con sus sucios negocios, llenándose de dinero, y tú te verás en la calle sin un centavo. Y un buen día Bierce comenzará a pensar que tal vez cometió un error al dejarte vivo y ordenará a sus matarifes que te despachen. ¿Es eso lo que realmente esperas que suceda?

—Ese error ya lo ha cometido, de manera que sólo a él le toca preocuparse.

—Ya veo; sigues pensando en ajustarle las cuentas por tu propia mano.

—Yo no he dicho eso.

—No; tú no lo has dicho. Bueno, Frank, te gustan las dificultades y vas a tenerlas. Voy a dejar vigilancia ante esa puerta. No saldrás de aquí hasta que se me antoje. Te daré tiempo para reflexionar y

tal vez cambies de opinión. Sea como sea, te someteré a interrogatorio formal cuando puedas levantarte.

—¿Utilizarás un trozo de manguera para obligarme a hablar, James?

—Puedes apostar que me gustaría hacerlo. ¿Estás seguro qué no tienes nada que decir?

—Sólo que dejes pasar a Lizzy, polizonte.

—*Okey*, tú lo has querido. Pensé que tal vez te gustaría volver a ser una persona decente, igual que en nuestra juventud.

—No vayas a ponerte sentimental ahora, James. No podría soportar un policía llorón.

Digger abandonó la habitación con un bufido. No pudo ver la sonrisa de Mac Kenna ni la mirada carente de dureza con que observó su salida.

Frank pensó fugazmente en los viejos tiempos. Después de todo, se dijo, no sería tan malo volver a ellos. Pero antes tenía mucho que hacer.

CAPÍTULO V

Las manos de Lizzy fueron como un bálsamo para su lacerado cuerpo. Sus besos le infundieron nueva vida. Se sintió libre y fuerte a pesar de su momentánea impotencia.

—¡Oh, Frank, podían haberte matado! —suspiró la muchacha, con la cara todavía rozando la suya.

—Pero no lo han hecho. Yo sabía que tendría que soportar algo así antes de sacudirme el yugo, querida…

—Pero no me lo dijiste.

—¿Para qué asustarte inútilmente? Si decidí dejar la organización de ese bastardo fue por ti, amor, bien lo sabes. Pero no podía ir a Bierce y decirle que me largaba porque amaba a una chica tan linda como un sueño. Nos hubiera hecho la vida imposible a los dos. Hube de aguardar la ocasión sabiendo lo que me esperaba.

—¡Dios santo! ¿Y si te hubieran matado?

—Bierce cuenta con que no voy a delatarle. Por otra parte, no se atrevió a liquidarme por temor a la publicidad. Los periodistas todavía se acuerdan de mí; ya has visto los reportajes que publican… Yo contaba con eso para escapar vivo de la organización. Creo que he sido el primero que lo ha conseguido.

—Has arriesgado tu vida por mí, Frank.

—Bueno, digamos que lo he hecho por los dos.

Lizzy volvió a besarle. En el poderoso pecho de Mac Kenna surgió una extraña ternura como no recordaba haber sentido jamás. Mientras ella estuvo en sus brazos olvidó incluso a Bierce.

Al cabo de un rato murmuró:

—Ahora tendré que espabilarme si quiero tener a una mujercita tan linda. No tengo la menor idea de ningún trabajo decente, ¿te

das cuenta? Has hecho una mala adquisición conmigo, cariño.

—No digas tonterías. Saldremos adelante, ya verás.

—Seguro.

No le dijo que las cosas no iban a ser tan fáciles como ella creía. Tampoco le habló de sus ideas sobre Bierce y lo que se proponía hacer al respecto.

En realidad, no le mencionó para nada los proyectos que llevaba cierto tiempo elaborando.

Dejó que Lizzy siguiera viviendo en aquel sueño de dorado porvenir. ¿Para qué asustarla? Si todo salía bien no tenía por qué saberlo.

El guardia que había relevado al sargento abrió la puerta sin previo aviso. Con voz burlona anunció:

—Terminó la visita. Por ser el primer día no pueden quejarse.

Lizzy impidió una respuesta demasiado violenta de Frank, le besó en la boca sin importarle la presencia del policía y salió de la habitación.

Mac Kenna gruñó:

—Diga a alguien que me traiga los periódicos, polizonte.

—¿No quieres también un par de revistas de nenas?

—Las tengo de carne y hueso, tipo listo. Quédese con las revistas.

El guardia cerró la puerta, riendo. Quince minutos después, Frank tenía varios periódicos sobre la cama.

En ninguno de ellos se mencionaba para nada el nombre de míster Bradbury, la víctima de Bierce.

Pensó que éste habría aplazado la ejecución por temor a él. Seguramente había decidido esperar a ver cómo reaccionaba después de la paliza…

O quizá Bradbury había decidido someterse. Realmente, no sabía el motivo por el cual Bierce había decidido aquel asesinato, pero imaginaba que el tal Bradbury se había negado a pagar una extorsión, o tal vez obstaculizaba alguno de los fabulosos negocios del pistolero.

Sea como fuere, míster Bradbury podía servirle. Recapacitó en lo poco que conocía de la manera cómo operaba Bierce. Éste no era partidario de que sus hombres supieran demasiado, y él no había sido una excepción en la regla.

Hablaría con Bradbury tan pronto saliese del hospital.

* * *

El primer informe del agente de Bolsa llegó a la mesa del teniente Digger a las siete de la tarde. Por él supo que la «Compañía Morrison» ocupaba un excelente puesto en la industria del país y que su situación financiera era buena. Además, circulaba el rumor de que sus ingenieros habían concluido los proyectos de una nueva máquina de inyección de plásticos, tan revolucionaria que dejaría en mantillas a todas las existentes hasta la fecha, lo cual representaría también una sustanciosa subida de sus acciones, subida que ya se había iniciado con cierta vivacidad.

Digger releyó los detalles que el agente continuaba exponiendo sobre la próspera situación de la compañía. Después de eso se dedicó a reflexionar a fondo en aquel problema.

Se dijo que una máquina como la que se mencionaba en el escrito debía basarse en planos detallados, fórmulas y cálculos. Bierce, o los financieros que pagaban por sus secretos industriales, sacarían una fortuna de aquellos planos en caso de tenerlos en sus manos…

Pensó en el guardia aporreado delante del almacén de la compañía, en el suicidio de míster Morrison…

Descolgó el teléfono y pidió que averiguasen quién era el jefe de los ingenieros de la «Compañía Morrison». Mientras esperaba, fumó una sucesión de cigarrillos y siguió analizando la teoría que comenzaba a tomar forma en su mente acostumbrada a las lucubraciones indagatorias.

El ingeniero jefe resultó llamarse Crasniewicz. Anotó su dirección y número de teléfono y dudó entre llamarlo telefónicamente o presentarse en su casa.

Optó por lo primero. El ingeniero acababa de llegar de una reunión de directivos de la compañía, pero accedió a acudir al despacho del teniente, de manera que éste tuvo tiempo de darle una cuantas vueltas más a su problema mientras aguardó la llegada del técnico.

Crasniewicz resultó ser un hombre de unos cuarenta y cinco años, extremadamente calvo y pálido, con gafas de montura de

carey y ademanes nerviosos.

Tomó asiento, un tanto inquieto, y aguardó removiéndose con mal disimulada impaciencia.

—Tengo entendido que han terminado ustedes unos planos de una máquina muy valiosa —le espetó Digger—. ¿Es eso cierto?

—¿Quién le ha hablado de eso?

—No se altere, mis informes son confidenciales y le aseguro que no se harán públicos.

—Bueno, es verdad que existen esos planos. Teóricamente es algo asombroso lo que hemos logrado. Creemos que en la práctica responderá a nuestras esperanzas.

—Bien. Ese proyecto debe representar una fortuna para la compañía, ¿no es verdad?

—No es posible calcular lo que va a significar, pero es de un valor comercial inmenso.

—*Okey*. ¿Es posible robar esos planos?

El ingeniero pegó un salto que por poco no derribó la silla.

—¿Robarlos? —balbució.

—Eso he dicho. ¿Quiénes tienen acceso a los planos?

—Bueno… es absurdo… Sólo mis dos ayudantes y yo mismo. Cuando terminamos el trabajo todo el material es guardado en una caja fuerte.

—¿Quién posee la combinación de esa caja?

—Pues… míster Morrison, naturalmente. Y yo, claro.

—¿Nadie más?

—En absoluto.

—¿Cuándo ha visto los planos por última vez?

Las manos del ingeniero temblaban. La sola idea del robo le ponía enfermo.

—Ayer tarde, cuando terminamos los últimos cálculos.

—¿Hoy no?

—No se ha trabajado a causa de la muerte de míster Morrison.

—De manera que usted puede abrir la caja…

—Ya se lo he dicho.

—¿Conoce a alguien llamado Bierce?

Crasniewicz arrugó el entrecejo en un esfuerzo por recordar.

—Estoy seguro que no. ¿Quién es, teniente?

—Olvídelo. Vamos a ir a su oficina de la fábrica —decidió

Digger secamente—. Usted abrirá la caja sólo para comprobar si los planos siguen encerrados en ella.

—Pero… es absurdo… No pueden haberlos robado…

—Eso lo veremos cuando lleguemos allí.

Fue un viaje silencioso y tenso. El ingeniero se retorcía los largos dedos hasta amenazar con rompérselos.

El guardián diurno acudió a abrirles la puerta y saludó con evidentes muestras de respeto al ingeniero.

Éste le ordenó que se quedase en la planta baja y él, seguido del teniente, subió a la oficina técnica.

Durante el camino Digger indagó:

—¿Ése es el vigilante que se queda por las noches?

—No; hay otro que releva a éste. Creo que empieza a trabajar a las diez.

—¿Sabe cómo se llama?

—No; ni creo que lo haya visto nunca. Cuando yo llego por la mañana él ya ha terminado su turno.

El despacho, con sus grandes mesas de dibujo, tenía un aspecto desolado cuando Crasniewicz encendió las luces.

—Ésa es la caja fuerte.

Digger observó que se trataba de una de esas arcas antiguas y sólidas, voluminosas y de aspecto inviolable… aunque sus mecanismos han sido ampliamente superados en las actuales.

—Ábrala.

Tras una vacilación, el ingeniero manipuló en los cilindros, después sacó una llave del bolsillo y abrió la pesada puerta. Casi se precipitó al interior en su afán de descubrir el posible robo.

El suspiro de alivio que exhaló pudo oírse en todo el despacho, Digger inquirió:

—¿Están ahí?

—Así es. No voy a ocultarle que me ha tenido usted en vilo, teniente. ¿De dónde ha sacado la absurda idea de que habían sido robados?

Un tanto desconcertado, el policía confesó:

—Era… una especie de corazonada, ¿usted comprende?

—No.

—Es mejor así… Sin embargo, saque esos planos para echarles un vistazo.

—¿Con qué objeto?

—No voy a copiarlos cuando llegue al despacho —se burló Digger—. No entiendo una palabra de esos garabatos. Pero quiero examinarlos. Tráigalos aquí, bajo esa luz.

Refunfuñando, el ingeniero sacó un manojo de papeles y un par de grandes hojas cubiertas de complicados dibujos.

—¿Es preciso que vea usted todo el material?

—No; solamente esos planos…

Los estudió cuidadosamente bajo la potente lámpara. El ingeniero se sorprendió al darse cuenta que el policía no se interesaba por los laberínticos dibujos, sino por los bordes del papel.

Digger gruñó:

—Tome usted una de estas hojas y colóquela en la mesa de trabajo exactamente como acostumbran hacerlo todos los días. Quiero ver cómo la sujetan.

—Bueno, creo que estamos perdiendo el tiempo. Sepa usted que… El teniente le atajó secamente:

—¿Alguno de ustedes sujeta el papel a la mesa con cinta adhesiva?

Crasniewicz se escandalizó:

—¡Jamás! —exclamó—. Tenemos unos sujetadores especiales. La cinta adhesiva ensucia la mesa y frecuentemente rompe el papel cuando hay que sacar éste.

—Muy bien; observe los extremos de ese plano que tiene en las manos, míster Crasniewicz…

El ingeniero se inclinó, ajustándose los lentes. De repente esbozó un ademán de extrañeza y pasó los dedos por un lugar determinado del papel.

—No lo comprendo —susurró—; aquí ha habido cinta adhesiva sin duda alguna, aunque la hayan arrancado con mucho cuidado…

—¿De veras no lo comprende?

Levantó la cabeza y quedóse mirando al policía. Lo que éste quería insinuar se abrió paso en su mente con la fuerza de un ariete y por poco se cae de espaldas.

—¡Usted… usted insinúa que…!

Le falló la voz. Digger gruñó:

—Eso es; alguien ha fijado los planos con cinta adhesiva para

poder fotografiarlos. Espionaje industrial se llama a eso, amigo mío.

Crasniewicz perdió poco a poco el color y se derrumbó sobre una silla. Un hondo jadeo escapó de su pecho, pero Digger no le hizo el menor caso. Estaba demasiado ocupado reflexionando.

Analizó los posibles medios de que pudieron valerse los que hicieron el trabajo, pensó en el guardia apaleado, en la impunidad de los intrusos…

Sumó dos y dos y por una vez le dieron cuatro.

El guardián nocturno les había facilitado las cosas sin la menor duda, decidió, de otra manera hubieran tenido que librarse de él lo mismo que habían hecho con el policía.

Unas sencillas preguntas al guardián de tumo le facilitaron la dirección del que le interesaba, de manera que dejó al desesperado ingeniero en la oficina y dirigióse sin pérdida de tiempo a las señas que había anotado.

Sin embargo, pronto comprendió que acababa de desperdiciar su tiempo.

La casa donde vivía el vigilante nocturno era una colmena que según pudo advertir al primer vistazo estaba en ebullición. Los vecinos se agolpaban en las escaleras y todos hablaban a la vez. Las voces excitadas salían de todas partes, los comentarios se atropellaban en arrolladora catarata y el teniente se preguntó, asombrado, si toda aquella gente se habría vuelto loca repentinamente.

Unos minutos después, y tras acorralar a un hombrecillo en un rincón, consiguió averiguar que todo aquel alboroto era debido a que uno de los vecinos precisamente uno que trabajaba de noche como guardián de una fábrica, se había precipitado escaleras abajo rompiéndose el cuello y muriendo casi en el mismo instante.

Había quien decía haber visto a un hombre alejarse de las escaleras después del estruendo de la caída. Otros hablaban de ciertas voces violentas escuchadas segundos antes que el cuerpo se precipitase escaleras abajo…

Una mujer comentaba:

—Lo más extraño de todo es que el pobre Burt llevaba mil dólares en el bolsillo… ¿De dónde habría sacado él tanto dinero?

Digger pensó amargamente que aquellos mil dólares eran el precio de su traición a la casa donde ganaba su pan. También

hubiera podido decir que eran el precio de su vida…

Pero eso a nadie le importaba.

Excepto a la policía, naturalmente.

Aguardó en la calle la llegada de los agentes del Precinto del distrito, se llevó aparte al sargento encargado del asunto y habló con él largamente.

Cuando se separó de su colega, éste quedó mucho más preocupado que antes. Subió las escaleras pensando en la metamorfosis de un simple caso de accidente… convertido en uno de asesinato.

En su coche, Digger maldijo en voz alta al comprobar que otro posible eslabón de la cadena que habría podido envolver a Bierce acababa de extinguirse.

CAPÍTULO VI

El segundo informe sobre la «Compañía Morrison» le trajo al teniente una noticia sorprendente. Según el agente de Bolsa, corrían insistentes rumores acerca de que Thomas Morrison se había desprendido de la mayor parte de sus acciones de la compañía. No se sabía quién había adquirido tan importante paquete de valores, pero se decía que de unos días a esta parte varios accionistas de la «Morrison» habían transferido sus acciones también. Si todas ellas, más las del difunto Thomas Morrison, habían ido a parar a las mismas manos, podía asegurarse que el control de la compañía había dejado de pertenecer definitivamente a la dinastía que durante casi tres generaciones lo había ostentado.

Eso, para el teniente, resultó una fase más de las maniobras encaminadas a hundir la «Compañía Morrison».

Y si, como cabía suponer, las mismas personas habían conseguido apoderarse de los planos de la nueva máquina, la maniobra no tenía desperdicio. La «Morrison» desaparecería, totalmente arruinada, para reaparecer poco tiempo después englobada en otra poderosa empresa de la competencia, la cual se lanzaría a la explotación industrial de la revolucionaria máquina de inyección. Y no existiendo la compañía propietaria de semejante invento nadie podría reclamar derechos sobre el mismo, toda vez que no habían tenido tiempo de patentarlo debido a haber terminado los últimos cálculos y dibujos el mismo día del robo.

Digger rechinó los dientes. Una vez más, Bierce había vencido.

Tomando una brusca decisión, y a pesar de lo intempestivo de la hora, se encaminó a la casa del financiero muerto, dispuesto a aclarar otro punto que le intrigaba y que, de ser tal como él sospechaba, disiparía el menor resquicio de duda que le pudiera

caber sobre los métodos expeditivos de Bierce.

Mientras recorría el trayecto recordó la afirmación de Mac Kenna respecto a que habla alguien más importante que Bierce entre bastidores. Desechó semejante idea. Conociendo a Bierce no podía creerlo.

La familia Morrison no le recibió precisamente con entusiasmo. Tras algunas consultas, fue introducido en una salita donde se le reunió el hijo mayor de míster Morrison, un muchacho de unos veintiocho años, pálido y afectado.

—Me han dicho que desea usted hablarme de papá —empezó, vacilante.

—Trataré de ser breve, míster Morrison. ¿Qué cantidad de acciones de su compañía poseía su padre?

—No veo que eso le importe a la policía. Creo que nos han molestado bastante durante todo el día. No queremos publicidad sobre la trágica decisión de papá.

—No habrá publicidad a menos que ustedes mismos la provoquen. Responda a mi pregunta, por favor.

—Bueno, espero que diciéndoselo nos dejen en paz. Nosotros conservamos el cincuenta y tres por ciento de todas las acciones emitidas por la «Compañía Morrison». —¿Siguen esas acciones en su poder?

—Naturalmente.

—¿Está seguro?

—¿Qué insinúa? Era papá quien manejaba esos valores, pero eso no cambia las cosas.

Jamás se hubiera desprendido de ellas.

—¿Ni viéndose forzado a hacerlo?

El joven se engalló, ofendido.

—No le autorizo a verter insinuaciones absurdas referentes a mi pobre papá. Salga de aquí, teniente. Sé cuáles son mis derechos. ¿No se da cuenta que estamos sumidos en el dolor?

—Si es así, usted consigue disimularlo perfectamente. Escúcheme y no me haga perder más tiempo. Tengo poderosas razones para creer que alguien se ha apoderado de casi la totalidad de las acciones de su padre. ¿Hay manera de comprobarlo esta misma noche?

—No. Están depositadas en el Banco.

—Bueno, si mi teoría es acertada, la transacción debió efectuarse la misma noche en que su padre murió, de manera que no dispuso de tiempo para entregarlas materialmente al nuevo tenedor, pero pudo entregarle un documento reconociendo la venta, de manera que quien sea que presente ese documento podrá reclamar la entrega de los valores. ¿Ha examinado usted la mesa escritorio de su padre?

—¡Naturalmente que no! No hace ni veinticuatro horas que ha muerto… No sería decente…

—¿Es más decente dejarse robar, míster Morrison?

Los inquietos ojos del joven mantuvieron la firme mirada del policía durante unos segundos. Después la desvió y no pudo ocultar el miedo cuando susurró:

—No es posible que papá cediera el control de la compañía…

—¿Quiere dar un vistazo a los documentos de su padre, por favor? Es lo único positivo que podemos hacer en estos momentos.

—Le complaceré… Sígame.

Le guió hasta el despacho donde habían encontrado el cadáver. Allí, Digger contempló con calma el escrutinio a que el muchacho sometió todos los papeles y documentos que halló en la mesa. Ninguno de ellos tenía relación con las acciones.

—Estaba usted equivocado, teniente —dijo—. ¿Va a dejarnos en paz ahora?

—De momento sí, pero siga buscando. Y si recibe la notificación de una venta de acciones, llámeme.

Fue al abandonar el despacho que una sirvienta apareció en busca del joven Morrison. La muchacha traía un pequeño bulto en la mano y explicó con voz indecisa:

—Es lo que su papá llevaba en los bolsillos, señor. Acaban de entregárnoslo del Precinto.

—Démelo.

Lo tomó y continuó escoltando al teniente hacia la salida, antes de llegar a la puerta se detuvo y gimió:

—¡Dios santo, teniente!

Éste giró sobre los talones. Vio que el joven le mostraba un papel de aspecto legal, con muchos sellos y firmas. Sólo precisó de un rápido vistazo para enterarse de que míster Morrison, dos días antes de morir, había vendido el setenta y cinco por ciento de sus

acciones a cierto míster Burman, en pago de las cuales había recibido un cheque por valor de veinte mil dólares y el resto de la suma estipulada en metálico, hasta un total de seiscientos mil dólares.

—No podía fallar —resopló—. Por veinte mil dólares, valor del cheque que ellos mismos habrán ingresado en la cuenta de míster Morrison para probar que la operación se realizó, se han quedado con acciones por valor de más de un millón.

—Pero… ¡no es posible! Llamaré a nuestros abogados…

—Temo que sus abogados no podrán hacer mucho en este asunto, muchacho —dijo, pensativo—. Verá cómo la operación ha sido perfectamente legal… en apariencia. Lo malo está en que no habrá forma de probar lo contrario.

Abrió la puerta, seguro ya de no haberse equivocado en lo más mínimo. El joven Morrison comenzó a temblar. Antes de alejarse, Digger, le espetó suavemente:

—Yo en su lugar, muchacho, no pondría traba alguna a los policías encargados de este caso. Su padre fue asesinado.

—¿Cómo se atreve…?

—Baje de las nubes —le atajó—. Míster Morrison era zurdo, sin embargo, el revólver homicida estaba en su mano derecha, al igual que la herida aparecía en el parietal derecho. Piense en eso y después decida si es preferible que unos asesinos queden impunes sólo para evitar las habladurías de los desocupados. Buenas noches.

Se marchó, dejando al pobre muchacho sumido en un mar de incertidumbres. Pensó que, con acciones o sin ellas, la dinastía Morrison se había acabado con semejantes herederos.

* * *

Y pasaron los días con evidente desespero por parte del teniente Digger. Nada de lo que recopiló servía para acusar a Bierce de maldita la cosa. Como siempre, el pistolero había sabido cubrirse a la perfección. Sus picapleitos se ganaban sus honorarios.

El guardia Kile ya volvía a patrullar las calles de su demarcación. Cada vez que se internaba en Chute Street sentía una extraña opresión en el estómago, pero se obligó a sí mismo a recorrerla hasta que esta sensación desapareció. Entonces reanudó

sus paseos solitarios, comprobando incluso las cerraduras de las puertas que cerraban los almacenes.

También Frank Mac Kenna pudo abandonar el hospital al cuarto día de su estancia en él. Mantuvo un largo escarceo con el teniente y al fin éste le autorizó a marcharse a casa sin haberle sacado nada verdaderamente importante respecto a lo que le interesaba.

Lizzy recibió alborozada a su amado. La mayor parte de la tarde la pasaron muy juntos, besándose, desgranando planes para el futuro, calculando sus posibilidades económicas y amándose apasionadamente.

Al anochecer, Mac Kenna se vistió un traje limpio y abandonó el apartamiento sin demasiadas explicaciones.

Sacó su viejo coche del garaje y lo condujo sin prisas hasta las inmediaciones del edificio donde Bierce tenía su cuartel general. Después de estacionarlo estratégicamente, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar pacientemente.

Casi dos horas más tarde vio a Tingley que se instalaba al volante de un «De Soto» último modelo y se alejaba a buena marcha. Frank lanzóse en su persecución procurando mantenerse a distancia prudencial.

Recorrieron la distancia que los separaba del distrito residencial, en las colinas. Allí, Tingley estacionó el auto al amparo de las ramas colgantes de un frondoso árbol que se desbordaba por encima de la cerca de un gran jardín y apagó las luces.

Frank quedóse a media manzana de distancia, con las luces apagadas y preguntándose qué demonios aguardaba Tingley en un lugar como aquél.

No lo supo hasta media hora más tarde. Entonces se encendieron unos faros dentro de una propiedad y un coche apareció en la calle. Su conductor lo detuvo, se apeó y regresó a la verja para cerrar las puertas. Tras esto emprendió la marcha hacia el otro lado de las colinas.

Frank vio que Tingley daba la vuelta a su auto y se alejaba en dirección contraria a la tomada por el desconocido. Frank comenzó a comprender y lanzó su viejo cacharro en persecución del hombre que había salido de la casa.

Debido a lo desierto de la tortuosa carretera pudo seguir de lejos el resplandor de las luces que zigzagueaban colina abajo. Recordó

uno de los métodos de extorsión preferidos por Bierce y casi sintió deseos de reír. La batalla iba a comenzar mucho antes de lo que había supuesto.

El coche que le precedía abandonó la ruta general y se internó por un desvío en mal estado que conducía a una urbanización en período de edificación. Frank apagó sus faros al internarse por el traqueteante sendero, y pocos minutos después vio que el otro se detenía cerca de una pirámide de tablones destinados a la construcción.

Mac Kenna apartó su auto del camino y lo abandonó precipitadamente. Después se deslizó en silencio hasta acercarse lo suficiente al otro para verlo depositar un paquete sobre uno de los tablones que sobresalía visiblemente de los demás. Hecho eso, el desconocido regresó al coche, maniobró para darle la vuelta y se alejó a toda la velocidad que le permitió el desigual terreno.

El ex boxeador renunció a seguirlo. Ahora ya sabía qué clase de partida estaba jugándose, de manera que se dispuso a tomar parte activa en ella.

Sacó un automático del «45» que había pertenecido a Bierce y esperó. No tardó mucho en surgir una sombra procedente de un chalet en construcción. La sombra se convirtió en la silueta de un hombre fornido y un poco encorvado que se acercó sin adoptar ninguna precaución hasta el lugar donde esperaba el paquete.

En aquel momento, Frank Mac Kenna avanzó tres pasos y ordenó:

—Coloca las manos detrás de la nuca, Darton.

El pistolero giró como una peonza, barbotando una exclamación.

—¿Quién demonios…?

—Tienes un «45» apuntando a tu barriga —le advirtió Frank secamente—. Las manos detrás de la nuca.

—¡Mac Kenna! —gimió su ex compinche.

—Ajá Ya imagino que no esperabas verme tan pronto. Esas manos, Darton; no volveré a decírtelo.

El matarife de Bierce, el mismo individuo que había equipado su puño con una manopla de bronce para machacar a Frank, se apresuró a juntar las manos detrás de su nuca. En la oscuridad, sus ojos trataban de distinguir a su enemigo, pero éste era solo una sombra amenazadora.

—¿Cómo… cómo has llegado hasta aquí? —balbució, aterrado.

—He seguido a Tingley cuando ha ido a vigilar a ese desgraciado que acaba de largarse. El viejo truco, ¿eh? Tingley se asegura que nadie sigue al fulano y lo suelta. Tú aguardas en el lugar indicado y el primo deposita la cantidad exigida. Sólo que esta vez yo he alterado el mecanismo.

—¿Qué vas a hacer, Frank? Bierce te matará si te metes en sus asuntos. No conseguirás salir tan bien librado como…

—¿A qué llamas tú bien librado, bastardo? Por poco me matan, tú y Tingley y tu puño metálico… ¿Cómo ha convencido Bierce a ese primo para que depositara la pasta?

—Bueno… Tiene una hija de siete años…

Mac Kenna pegó un respingo.

—¿La habéis secuestrado?

—No seas imbécil. ¿Crees que Bierce quiere atraer a los federales? No… Sólo ha tenido que amenazar al padre por teléfono, explicándole lo que le sucederá a su hijita si no paga…

—Ya veo.

—Le ha hablado de un par de recalcitrantes que no quisieron pagar… El hombre ha hecho averiguaciones y se ha convencido de que le convenía soltar la pasta.

—Todo muy fácil. ¿Cuánto, Darton?

—Cincuenta mil.

—¡Atiza, vaya bocado!

De repente, Darton separó las manos de la nuca y exclamó:

—¡Tengo una idea, Frank!

—Yo tengo más de una. Cuidado con las manos o te vuelo las tripas, Darton volvió a acariciarse la nuca, pero siguió con su idea.

—Escucha, Frank, muchacho; podemos repartimos ese botín. Mitad y mitad, ¿eh? Es un buen mordisco, y a ti te sacaría de apuros…

—¿Y qué ibas a decirle al jefazo?

—Bueno, eso es fácil. Le suelto un cuento y asunto terminado. Puedo decirle que el primo ha venido hasta aquí, pero que solamente ha dado una vuelta con una pistola en la mano buscando al que tenía que retirar el botín y luego se ha largado sin soltar la *pasta*. Es así de sencillo. ¿Qué decides?

—Supongamos que Bierce te cree y manda liquidar a la niña.

—¡Oh! Bueno, eso a nosotros no nos importa. Además, antes de hacer eso exigiría otra vez la misma cantidad al fulano. Es un hombre rico, Frank. Seguro que pagaría sin chistar.

—O perdería a su hijita… ¡Qué hijo de perra eres, compañero!

Avanzó los pasos que le separaban de Darton. Éste distinguió entonces la mortífera arma y su terror creció peligrosamente.

Mac Kenna dijo con extraño acento:

—No te necesito para ese trabajo, Darton. Yo puedo embolsarme el paquete sin necesidad de tu ayuda.

—¡Pero Bierce te matará si…!

—¿Crees que podrás decirle quién ha hecho el trabajo, sanguijuela?

—¡Eh, Frank, no seas loco! No irás a matarme por una paliza.

—No veo quién podrá impedírmelo. De todas formas voy a darte una oportunidad. Tú sabes que la noche de la paliza Bierce había planeado matar a un tipo llamado Bradbury…

—No sé cómo se llamaba aquel fulano.

—Bradbury —repitió Frank—. He leído todos los periódicos de estos días y no han publicado una palabra sobre ese crimen. ¿Por qué desistió de matarlo?

—No desistió; solamente aplazó el trabajo hasta ver cómo reaccionabas… Si no creabas problemas…

—Lo había supuesto. ¿Por qué quiere matar a Bradbury?

—¿Cómo puedo saberlo, Frank? Ya sabes cómo trabaja el patrón. Imagino que ese tipo se ha negado a pagar…

—Seguro.

—No vayas a cometer una tontería, Frank —gimoteó el pistolero —. Quédate con la *pasta* si quieres, pero déjame en paz. No te delataré…

—Apuesto que no; le dirás a Bierce que el fulano no ha pagado.

—Eso es, Frank. Cincuenta mil pavos, piénsalo…

—Ya te he dicho que pienso en varias cosas a la vez, entre ellas ésta…

Nada pudo advertir a Darton de sus propósitos hasta que ya fue demasiado tarde. El golpe del cañón le alcanzó a un lado de la cara y lo arrojó de espaldas, gimiendo y debatiéndose con el principio de inconsciencia.

Frank se inclinó y le despojó del revólver de cañón corto que

llevaba en el bolsillo. Tras esto le obligó a levantarse propinándole puntapiés hasta que Darton consiguió ponerse de pie gracias al apoyo de la montaña de tablones.

Frank guardó su arma y se acercó al pistolero. Sus puños de peso máximo cayeron sobre su ex camarada como dos mazas. Darton aulló, aterrado, y movió sus largos brazos frenéticamente en un inútil intento de defenderse.

Un gancho escalofriante aplicado con la izquierda reventó en su mentón levantándolo del suelo. Otro puño como un ariete se hundió en su estómago doblándole en dos. Un salvaje mazazo de abajo arriba le incrustó la nariz en la cara y le obligó a levantarse como un muñeco de feria.

Trató de gritar, pero no encontró aire suficiente en sus pulmones. Sin embargo, abrió la boca angustiosamente. Un puño como un jamón se la cerró con un terrorífico chasquido y su cabeza rebotó contra los tablones que tenía detrás.

Después de eso Darton creyó que había caído dentro de una máquina de trinchar carne. Se sintió levantar en el aire, caer en abismos sin fondo, aplastar contra la tierra, y antes de perder el conocimiento, creyó que una manada de potros salvajes se precipitaban por encima de su machacado cuerpo.

Jadeante, Frank detuvo el castigo y descansó unos minutos Todos los dolores que el descanso y las curas habían logrado adormecer despertaron repentinamente, recordándole que todavía estaba en baja forma y con el cuerpo resentido.

No obstante, pensó que el dolor era soportable en semejantes circunstancias. Darton iba a sentirse mucho peor cuando recobrase el sentido.

Imaginó la escena que se desarrollaría en el despacho de Bierce, cuando su esbirro le contase que había sido atacado por Frank y que éste se había largado con el botín. Bierce sufriría uno de sus espeluznantes ataques de furor demencial y mandaría a todos sus pistoleros en busca del atrevido…

Se echó a reír, tomó el paquete envuelto en papel fuerte de embalaje, y regresó a su coche. Para él no había terminado la noche.

CAPÍTULO VII

Míster Costopoulus metió el coche en el garaje de su residencia y paró el motor, pero no se apeó. Continuó sentado ante el volante, pálido y pensativo.

Pensó en los cincuenta mil dólares entregados a aquellos criminales No le dolía haber entregado ese dinero; después de todo él era sumamente rico. Lo que le inquietaba era que su pasividad al pagar sin resistirse hiciera despertar las ansias de los extorsionadores y comenzasen a llover las peticiones de dinero mediante amenazas contra su idolatrada hijita.

Míster Costopoulus había llegado a los Estados Unidos cuando apenas si contaba cuatro años de edad. La vida, en los primeros tiempos de emigrantes, había sido dura para sus padres. Después, cuando él creció y se despertó su astucia, se dedicó a trabajar con incansable tesón especulando con sus ahorros hasta adquirir un pequeño restaurante desacreditado y sin clientela, del que el antiguo propietario se desprendió encantado por una suma irrisoria.

Fue el principio del éxito. Su amable carácter, su energía sin límites para el trabajo, todas las cualidades de míster Costopoulus, encontraron campo propicio para desarrollarse desde aquella pequeña base de partida. En la actualidad, una cadena de quince restaurantes de lujo, dos hoteles y algún que otro negocio menos importante trabajaban como calderas a presión produciéndole inmensos beneficios.

Se dijo que América había sido generosa con él, incluso a pesar de la mala voluntad de una buena parte de sus habitantes. Sin embargo, precisamente cuando se consideraba el más feliz de los mortales, entregado por entero a su mujer y a su pequeña hija, surgían aquellas sanguijuelas dispuestas a chuparle la sangre.

Porque, para él, el dinero era la misma sangre de la vida.

Sacudió la cabeza y saltó fuera del auto. Se disponía a cerrar la puerta basculante del garaje cuando el resplandor de unos faros barrió la pared del jardín, se detuvo y finalmente, se extinguió.

El coche se había detenido silenciosamente.

Míster Costopoulus notó un estremecimiento. ¿Qué iba a suceder ahora?

Escuchó el cerrarse de una portezuela. Unos pasos resonaron sobre la grava acercándose a la reja. Recordó que el timbre de la puerta se oía en toda la casa y echó a correr hacia la verja, temeroso de que un timbrazo despertase a su mujer.

—¿Quién… quién está ahí?

Una voz murmuró:

—Necesito hablar con usted. Abra la verja, ¿quiere?

—¿A estas horas? No pienso hacerlo bajo ningún pretexto. Puede hablar desde aquí perfectamente siempre que no levante la voz. ¿Quién es usted?

—Mi nombre no le dirá nada, pero le traigo algo que le pertenece.

—¿Que me trae algo de mi propiedad?

—Abra la verja.

—No. Hable desde ahí fuera.

—*Okey*, si eso ha de tranquilizarle. Usted ha entregado esta noche un paquete conteniendo cincuenta mil dólares, ¿no es cierto?

—¡Dios! ¡Dice usted que lo trae!

El griego se tambaleó a punto de desmayarse.

—Eso es. He venido a devolvérselo y a hablar con usted de este asunto.

—¿Por qué lo ha hecho? —La desesperación hizo presa en su voz y casi se ahogó—. ¡Maldito sea, maldito! Lo ha estropeado todo.

—Tómelo con calma, amigo…

—Usted no comprende… Matarán a mi niña… Creerán que no he querido pagar…

Matarán a mi pequeña…

—No harán nada de eso. Ellos saben que usted ha pagado.

—Entonces, ¿cómo tiene usted el dinero?

—Se lo he quitado al bastardo encargado de recogerlo, después de propinarle algunos estacazos. Me conoce, ¿comprende? De

manera que sabrán que usted ha pagado, aunque yo les he escamoteado el botín.

—No logro comprender por qué ha hecho una cosa así. Está arriesgando su vida… —Lo sé, pero hay viejas cuentas pendientes entre los que le han extorsionado y yo. Aquí tiene el paquete, está intacto.

Con dedos que temblaban, el griego se apoderó del envoltorio a través de los barrotes de la reja. Comprendió que aquel desconocido tenía razón. Los pistoleros quedarían satisfechos de él, aunque se lanzarían detrás del hombre que les había arrebatado el dinero de entre sus manos.

—Absurdo —murmuró—. ¿Por qué me ha devuelto el dinero?

—Bueno… Le confieso que me ha costado decidirme. Después de todo, usted lo acababa de regalar. Pero Lizzy no me hubiera perdonado este nuevo desvío.

—¿Lizzy?

—Olvídelo. ¿Sabe usted quién le ha exigido ese pago?

—No.

—Es un tipo llamado Bierce. Si alguna vez es detenido y sus hombres liquidados, ¿se atrevería usted a declarar contra él?

Tras una vacilación, míster Costopoulus murmuró:

—No… Lo siento, señor, pero no me atrevería a hacer nada semejante. Esos pistoleros son despiadados y vengativos. Podrían vengarse en mi mujer y en mi niña…

—Ya veo… En fin, creo que, después de todo, he perdido el tiempo.

—Espere. ¿Está seguro que ese Bierce, o quien sea, sabrá que yo he pagado esa cantidad?

—Sin la menor duda.

—Bueno… En este caso…

Desgarró una esquina del papel y extrajo un fajo de billetes. Los contó a tientas, guardó algunos y ofreció un puñado a Frank casi tímidamente.

—Usted me ha devuelto cincuenta mil dólares… Es costumbre recompensar a todo aquel que devuelve una cantidad perdida… Ahí tiene; el diez por ciento.

Mac Kenna parpadeó, asombrado.

—Cinco mil… —murmuró.

—Eso es. Por favor, acéptelos.

Frank Mac Kenna pensó en Lizzy, en las dificultades para empezar una nueva vida, y alargando la mano, tomó aquella suma y la guardó en el bolsillo.

—Bueno, gracias… Pero no se me había ocurrido que…

El griego le sonrió. Siempre a través de la reja, estrechó la mano del gigantesco individuo que le observaba en la oscuridad. Después permaneció allí viéndolo alejarse, maniobrar el coche y lanzar el vehículo por la empinada calle a buena velocidad.

Aquel desconocido acababa de devolverle la confianza en los americanos, aparte de un buen montón de dólares.

* * *

Míster Bradbury se disponía a acostarse cuando sonó el teléfono. Se apresuró a descolgarlo para evitar que levantara a toda la casa y con voz disgustada preguntó quién llamaba.

Una voz desconocida dijo:

—Estoy muy cerca de su domicilio, míster Bradbury. Tengo algo muy importante que decirle.

—Bueno, dígamelo, le escucho.

—No por teléfono. ¿Puedo venir ahora?

—O está usted loco o trata de burlarse de mí. A estas horas de la noche no pienso introducir en mi casa a un desconocido.

—No tiene nada que temer. Después de todo, me debe la vida, míster Bradbury.

—¿Cómo?

—¿Puedo venir?

El hombre de negocios titubeó. Aquello tenía todo el aspecto de una tomadura de pelo, o quizá algo peor. Sin embargo, aquellas últimas palabras le intrigaban.

—Está bien, le espero. No llame al timbre cuando llegue, no quiero alarmar a mi familia. Colgó. Tras unos instantes de reflexión, se dirigió a un mueble adosado a la pared de la biblioteca, abrió un cajón y empuñó una automática del «32». Aseguróse de que estaba cargada, introdujo una bala en la recámara y corrió el seguro, guardando después el arma en un bolsillo de su batín de seda.

El desconocido que le había llamado se presentó cinco minutos

después. Vio que era un tipo de elevada estatura, hombros de gran desarrollo y cuello de toro. Unos ojos grises y fríos le examinaron sosteniendo su mirada inquisitiva.

—¿Y bien? —Gruñó míster Bradbury.

—Me llamo Mac Kenna. ¿Podemos hablar aquí?

—Estaremos mejor en la biblioteca. Por aquí.

El anfitrión cerró las puertas y se enfrentó con su visitante.

—Espero que sus razones para tan intempestiva visita sean importantes.

—Lo son si usted considera su vida importante, míster Bradbury.

—Aprecio mi vida, naturalmente. Pero todo esto no tiene sentido para mí.

—¿Conoce a alguien llamado Bierce?

Las cejas del financiero se arquearon, interrogantes.

—¿Se refiere al tahúr y pistolero del que hablan los periódicos de vez en cuando?

—Al mismo.

—No; mi círculo de amistades no incluye a esa baja ralea de individuos. ¿Quiere explicarse de una vez?

—Sí, creo que tendré que hacerlo si quiero que pueda responder unas preguntas…

Míster Bradbury sacó la mano del bolsillo en que llevaba la pistola, buscó un cigarrillo y lo encendió sin ofrecer ninguno al intempestivo visitante.

Mac Kenna habló con caima, asegurándose de que sus palabras penetraban en la mente de míster Bradbury.

—Bierce explota incontables negocios sucios, uno de los cuales es la extorsión en gran escala y el chantaje. Mientras la víctima paga todo va bien. Bierce se embolsa el dinero y la deja en paz. No es ningún tonto y sabe que no puede exprimirse demasiado el mismo limón sin que se rompa la corteza. Pero si la víctima se niega a pagar o se rebela, no duda en acudir a medidas extremas, incluso al asesinato.

—Opino que eso debería usted contárselo a la policía, míster Mac Kenna. No comprendo qué puede importarme a mí.

—Ahora lo verá. Hace cuatro o cinco días, Bierce planeó cuidadosamente un asesinato.

El de usted, míster Bradbury.

El hombre no pudo ocultar el sobresalto que le causaron esas revelaciones.

—¿El mío? Usted debe haberse vuelto loco. Nunca he tenido tratos con ese Bierce.

—Ya lo imagino. Él no se pondría en contacto directamente con sus víctimas, a menos que fuera por teléfono y anónimamente. El caso es que estaba decidido a asesinarle, míster Bradbury. Todo estaba planeado y calculado. Sin embargo, aplazó la ejecución debido a ciertas dificultades imprevistas.

—Me asombra que esté usted tan bien enterado…

—Yo formaba parte de su organización como guardaespaldas. Fue al negarme a secundarle en un asesinato, que aplazó el crimen hasta estar seguro de que yo no me iría de la lengua.

—Ahora empiezo a comprender, aunque sigo sin tener la menor idea del motivo de mi asesinato. ¿Lo sabe usted acaso?

—No; Bierce no revela los detalles a sus hombres. Se limita a exponerles el plan. No obstante, creo que él ha intentado extorsionarle a usted sin éxito. ¿Me equivoco?

—Completamente.

—Bueno, no tiene necesidad de mentirme. Mi único interés en este asunto es que alguna de las víctimas de ese hijo de perra quiera secundarme en mis declaraciones. Entonces acudiré a la policía, pero sólo cuando una de las personas a las que Bierce ha perjudicado quiera corroborar mi declaración. En otro caso, los picapleitos de Bierce se encargarían de librarlo de todo riesgo. Mi declaración, sin pruebas firmes en que basarla, no vale un pepino.

—Sigo diciendo lo mismo. Aunque quisiera declarar contra Bierce no podría hacerlo. No puedo acudir a la policía pretextando que Bierce o cualquier otro había pensado eliminarme. Iban a reírse de mí.

—No lo harían si yo confirmaba su declaración.

—¿Cómo probaría usted que dice la verdad?

Mac Kenna se rascó la cabeza, nervioso.

—Existe algo llamado corroboración, míster Bradbury —dijo.

—Exacto, pero sólo cuando se refiere a hechos, no a intenciones más o menos vagas.

—Ya veo… Habrá que esperar que le asesine» a usted en este caso.

El financiero hizo una mueca irónica.

—Le aseguro que no me gustaría —refunfuñó—. De todas formas, le agradezco que me haya advertido. Viviré prevenido de ahora en adelante…

—Dígame la verdad, míster Bradbury, aunque sólo sea por ese agradecimiento.

¿Alguien ha intentado extorsionarle?

—En absoluto.

—Y en sus negocios, ¿han tratado de apoderarse de ellos tal vez?

El financiero sacudió la cabeza de un lado a otro. Mac Kenna se dio por vencido.

—Está bien, he hecho lo que estaba en mi mano —rezongó, disponiéndose a marchar—. Pero no se descuide. Bierce es muy peligroso.

Míster Bradbury le miró marchar entre desconcertado y sorprendido. Después revisó el cierre de las ventanas y puertas, y por lo que pudiera suceder, no devolvió la automática al cajón donde acostumbraba guardarla.

CAPÍTULO VIII

Poco después del amanecer, un auto-patrulla descubrió el brillante «De Soto» estacionado a un lado de la carretera. Los dos policías dirigieron un vistazo inquisitivo hacia el lujoso coche, pero sin detener su lenta marcha. Vieron al hombre que parecía dormir con los brazos apoyados sobre el volante sirviéndole de almohada a la cabeza. Continuaron su primera ronda sin que hubiera ninguna novedad con la que romper la monotonía del servicio.

Fue al volver a pasar, esta vez en dirección contraria, que el dormilón ciudadano les llamó la atención. El patrullero encargado del radioteléfono gruñó:

—Para un momento, Jim; voy a echar un vistazo a esa bella durmiente… Ese coche lleva matrícula local, de manera que no debe encontrarse en medio de un largo viaje.

El conductor maniobró con pericia y colocó el auto de tal manera que podía salir disparado en cualquiera de las dos direcciones sin pérdida de tiempo. El otro policía se apeó, atravesó la autopista y anduvo marcialmente hacia el «De Soto».

El cristal de la ventanilla estaba bajado, de manera que introdujo el brazo y zarandeó al ocupante del vehículo sin brusquedad:

—¡Eh, amigo, despierte…!

Su voz se quebró al ver cómo el individuo se desplomaba a un lado. Entonces, al separarse la cabeza de los brazos, descubrió el pequeño agujero en la sien y la sangre que ya se había secado sobre las mangas de la chaqueta y aquel lado de la cara.

—¡Eh, Jim! —gritó, excitado.

Su compañero llegó a la carrera. Con más años de experiencia que él, Jim farfulló una maldición antes de abrir la portezuela y

examinar el cadáver de más cerca, fijándose en los menores detalles.

—No hay rastro del arma —comentó— de manera que estamos ante un asesinato. Puedes radiar una llamada mientras acabo de dar un vistazo por estos alrededores.

Tardó poco en convencerse de que no iba a encontrar nada. El lugar era demasiado transitado, y el pequeño desvío destinado a estacionar estaba cubierto de borrosas huellas de neumáticos distintos.

—Ya vienen —le anunció su compañero—. ¿Has registrado sus bolsillos?

—¿Para qué? Estando muerto no hay ninguna prisa. Ya se encargarán de hacerlo los demás. Lo único que he visto es que este coche está a nombre de Stephen Bierce… ¿Tú crees que ese fiambre puede ser el del propio Bierce?

—Nunca he visto a ese bastardo. En todo caso, si es él, más de una docena de tipos respirarán hoy más tranquilos.

Montaron guardia hasta que llegó otro coche precediendo a una ambulancia. El oficial uniformado que se les acercó era un hombre de unos cincuenta años, de cabellos grises que asomaban fuera de la impecable gorra galoneada.

—¿Es alguien conocido? —indagó, antes de examinar el cadáver.

—Tal vez. El coche pertenece a Bierce.

—¡Diablo!

Pero no era Stephen Bierce. El oficial sacudió la cabeza como si lo lamentara.

—Seguramente uno de sus matones —refunfuñó—. Vamos a verlo…

Introdujo los dedos en los bolsillos del muerto con sumo cuidado. Minutos después habían aclarado que el cadáver era el de un tal Eric Clair. El oficial comentó:

—Lo que suponía; el lugarteniente de Bierce. Todo el mundo sabía que trabajaba para él.

Autorizó a los fotógrafos a disparar las placas que necesitasen, después contempló cómo los camilleros se llevaban el cuerpo y metiéndose en su coche, se hizo conducir nuevamente a su confortable despacho.

La noticia de la muerte de Eric Clair se extendió por la ciudad

como un reguero de pólvora, de manera que no tardó en llegar a oídos del teniente Digger, siempre dispuesto a captar cualquier rumor que se relacionase con Bierce aunque sólo fuera remotamente.

—Así que han despachado a Clair… —Gruñó, asombrado—. Parece que las cosas comienzan a moverse…

Una llamada atrajo al sargento Carr, que también había captado la noticia.

—Llévese un par de hombres y salga en busca de los muchachos de Bierce. Tráigamelos aquí cuanto antes, pero sólo los importantes, ya sabe: Tingley, Darton, Snow… Aunque éste hace tiempo que no aparece en público. Dese prisa.

—¿Le echamos el guante a Bierce también?

—Más tarde. Le dejaremos unas horas más para que se cueza en su propia salsa. Ah; envíe alguien en busca de Mac Kenna también. Quiero decirle un par de cosas a ese estúpido…

El primer pistolero en ser localizado fue Darton. El sargento lo introdujo en el despacho del teniente mediante un expeditivo empujón que mandó al hombretón hasta la mesa dando traspiés.

—Tingley se ha esfumado, teniente —refunfuñó—. Este ejemplar dice que no sabe una palabra de él.

—Bueno, ya aparecerá. Que sigan buscándole. ¿Qué te ha pasado en la cara, Darton?

—Un accidente.

Digger rodeó la mesa y plantóse frente al pistolero, escrutando las terribles huellas de golpes que mostraba en toda la cara.

—Un accidente muy raro —comentó el policía—. Quien sea que te ha sacudido no era un novato… Un momento, ¿no habrá sido Mac Kenna? Tengo entendido que está un poco resentido contra ti y tus camaradas…

—Está diciendo tonterías.

—Seguro, pero de algo hay que hablar, Darton, sobre todo cuando las noticias que tengo para ti son condenadamente malas.

—¡No me diga! ¿Pretende asustarme, polizonte?

La mano de Digger subió como un relámpago y de un violento revés le cruzó la cara a Darton. La bofetada sonó como un disparo y la cabeza del pistolero osciló de un lado a otro. Carr enseñó los dientes con una sonrisa de lobo satisfecho.

—Eso tal vez te enseñe modales —le advirtió Digger con perfecta calma—. ¿Cuándo viste a Eric Clair por última vez, Darton?

—Anoche.

—¿A qué hora?

—No miré el reloj. Tarde… A eso de las dos poco más o menos.

—Está muerto, Darton.

El pistolero dejó de acariciarse la enrojecida mejilla.

—¿Muerto? —balbuceó.

—Completamente muerto. Alguien le voló los sesos anoche. Y a ti, otro alguien te propinó una paliza descomunal. ¿Qué le pasa a la organización? ¿Hace agua?

—No sé de qué habla.

—De Clair y de tu vapuleo.

—Lo mío fue una pelea contra dos tipos a causa de una partida de cartas.

—¡Qué pena…! ¿Y lo de Eric?

—De eso nada, teniente.

—¿Qué me dices de Mac Kenna? Él tiene motivos para odiar a todos los matarifes de la organización…

—No sé nada.

—Estás rayando ese disco, Darton. No apures mi paciencia o lo lamentarás. ¿Qué hay de Mac Kenna? ¿Fue él quien te rompió la cara?

No obtuvo respuesta.

—¿Qué estaba haciendo Eric cuando lo viste por última vez?

—Bebiendo en el bar del «Gloris».

—¿No estaría en el despacho de Bierce?

—Estaba en el «Gloris»; puede preguntar allí si no me cree.

—Oh, seguro que puedo preguntar. Sólo que el «Gloris» es un tugurio de Bierce y declararán lo que éste ordene. ¿Quién te sacudió, Darton?

No obtuvo respuesta tampoco.

Siguió unos minutos más disparando pregunta tras pregunta, saltando de un tema a otro con la esperanza de pescar al pistolero en una contradicción, pero éste apretó los labios y se mantuvo callado como un muerto.

—Está bien —rezongó Digger al fin—, tú lo has buscado.

Enciérrelo, sargento.
Darton pegó un brinco.
—¿Qué es eso de encerrarme? No tiene nada contra mí…
—Bueno, de momento puedo encerrarte por haber confesado que jugaste al póker anoche. Eso está prohibido, ¿eh? Además, el sargento te ha aligerado del peso de un revólver.
—¡Maldita sea, tengo licencia para llevarlo!
—Seguro, seguro; ya sé que la tienes… Voy a disparar un par de balas de prueba con él. Tal vez consiga que una de las balas disparadas pueda confundirse con la que mató a Clair y entonces te mantendré encerrado hasta el mismo día de conducirte a la cámara de gas. —¡Eh, no puede hacerme esto a mí!— aulló Darton, asustado. Se desprendió de la garra del sargento y añadió: —Sé cuáles son mis derechos; exijo que me dejen llamar a mi abogado.
—¡Qué lástima, Darton…! El teléfono está estropeado. Lléveselo, sargento.
Los indignados gritos de protesta del pistolero se perdieron en la distancia cuando se cerró la puerta.
Digger borró la mueca burlona de su rostro y quedóse pensativo un buen rato, hasta que un agente le anunció que Frank Mac Kenna aguardaba fuera.
—Que entre.
El ex púgil entró con cara de pocos amigos. Su ojo había mejorado, pero todavía estaba hinchado y oscuro. Las demás señales en la cara continuaban visibles.
—¿Qué se te ha ocurrido ahora, James? —estalló—. Ya declaré todo lo que tenía para decir.
—Hemos echado el guante a Darton, Frank.
—Bueno, ¿y qué?
—Ha confesado que le pegaste hasta que te dolieron los puños.
Frank quedóse mirando al policía con una expresión astuta en su cara.
—¿Te ha dicho también por qué le sacudí?
—Ajá.
Mac Kenna rió.
—Ya veo; un *bluff*, ¿eh? Bueno, está bien, sí, le di su merecido a esa rata. Él fue uno de los que me apaleó con un puño de bronce, así que le devolví su propia medicina.

—¿Acaso le ajustaste las cuentas a Eric Clair también anoche?

—No, pero ya le llegará el tumo también.

—Ya le llegó, Frank.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Alguien le voló los sesos. Lo han encontrado esta mañana dentro de uno de los coches de Bierce.

Durante unos segundos, Mac Kenna se quedó sin saber qué decir. Después reaccionó y gruñó:

—No se merecía otra cosa. ¿Crees que fui yo quien lo despachó?

—Pudiste hacerlo, de la misma manera que destrozaste la cara de Darton, sólo que Clair era más importante en el escalafón y merecía otro trato.

—Bueno, yo no lo hice, James, de manera que tendrás que buscar por otro lado.

—¿Tampoco viste a Tingley anoche?

—No. ¿Es que también se lo cargaron o qué?

—No lo sé; ha desaparecido y hasta este momento no hemos podido dar con él. Imagino que te das perfecta cuenta del terreno tan quebradizo en que te encuentras, muchacho. —Deja de emplear ese tono paternal conmigo, maldita sea. ¿Crees que tengo tanta prisa por ajustar las cuentas a esos puercos? Uno cada noche es mi límite y le tocó primero a Darton. Los demás vendrán luego… excepto Clair naturalmente.

—Está bien, Frank, vas a acompañarme.

Digger rodeó la mesa y se plantó ante el corpulento Mac Kenna. Comparado con él, el teniente semejaba un enano a pesar de su aventajada estatura.

—¿A dónde crees que vas a llevarme? —Quiso aclaran.

—Haremos una visita de cumplido a tu jefe, Frank. Quiero ver qué tiene que decir del asesinato de su *ayudante*.

—¿De veras piensas interrogar a Bierce?

—¿Por qué no?

—Estás loco, compañero. Bierce pulsará un par de botones y todas sus influencias se pondrán en movimiento para barrerte del mapa. ¿Dónde diablos tienes los sesos?

—En la suela de los zapatos. Vámonos.

Mac Kenna se encogió de hombros y siguió al teniente. El sargento se les unió en la escalera y los tres tomaron un coche

policíaco que les condujo hasta el lujoso domicilio del magnate del crimen.

Digger comentó:

—Hay veces que eres un tipo divertido, Frank.

—¿A qué viene eso?

—Estás saturado de ansias de venganza y en lugar de colaborar conmigo para acabar con Bierce te dispones a luchar contra toda su organización tú solo. Es para echarse a reír… si uno no piensa en tu próximo funeral.

—Y que eso lo diga un oficial de la Brigada Secreta…

Se recostó contra el asiento, desentendiéndose de los policías. Sólo cuando el coche se detuvo y siguió al teniente y al sargento pareció animarse un poco, tal vez excitado por enfrentarse de nuevo a su patrón.

El rápido ascensor les llevó hasta la cumbre del flamante edificio de apartamentos. Bierce ocupaba los dos últimos pisos, que se comunicaban entre sí mediante una artística escalera de caracol. Gozaba de dos terrazas inundadas de sol y todo allí dentro respiraba la opulencia fácilmente adquirida.

Todo esto pudieron verlo los visitantes tan pronto pusieron el pie en el rellano de la entrada, debido a que la puerta estaba abierta de par en par.

Frank se detuvo en seco, dejando que los dos policías fueran los primeros en penetrar al interior. Digger gritó:

—¿No hay nadie aquí?

—Bierce jamás sería capaz de dejar la puerta abierta —observó Mac Kenna—. Tiene verdadera obsesión por las puertas. En todas mandó instalar cerraduras automáticas.

—A pesar de eso, está abierto, ¿no? Vamos a echar un vistazo, Usted, sargento, suba al piso superior; yo me encargaré de éste.

Carr se encaramó por la retorcida escalera. Mac Kenna sacó un cigarrillo, lo encendió y acomodándose en una butaca observó la actividad del teniente.

Aunque, a decir verdad, ésta duró poco. La aguda voz alterada del sargento resonó en el piso de arriba como una trompeta.

—¡Aquí, teniente! —chilló.

Digger se lanzó escaleras arriba. Frank le siguió a grandes zancadas, sospechando lo que iban a encontrar.

Y lo encontraron.

El corpachón de Stephen Bierce estaba derribado a un lado de la cama. Una bala le había destrozado el puente de la nariz. Otro proyectil le había atravesado el cuello y había sangre por todo el cuarto, aunque seca por completo.

—¡Vaya, vaya!… —rezongó el teniente—. Después de todo, Bierce y su imperio se han ido al diablo antes de lo que nadie esperaba…

—Por lo menos hace ocho o diez horas que está seco, teniente.

—Ya lo veo, sargento. Llame a la Brigada de Homicidios. Aprovecharé para dar un vistazo.

—¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé. Parece que tu salida de la organización les ha traído la negra, chico.

—Deja el sarcasmo a un lado, James. No pretenderás que también me he cargado a Bierce, ¿eh?

—Bueno, pudiste hacerlo, aunque esto casi estaría dispuesto a perdonártelo, maldita sea. Ese tipo me volvía loco. Menos mal que todo se ha terminado. Ahora ya nos ocuparemos de que no salgan más tipos como Bierce…

—No necesitan salir más. —Digger se volvió en redondo y Mac Kenna añadió—: Ya hay uno.

—¿De qué estás hablando?

—Del fulano que estaba detrás de Bierce, del que controlaba realmente sus negocios y planeaba todo.

—Continúas con ese cuento, ¿eh?

—Créelo o no, pero es cierto. Y me gustaría conocer a ese cerebro tan despejado…

—Suponiendo que exista.

—Yo sé que existe, James.

—Bueno.

Pareció que se olvidaba hasta de la presencia de su antiguo condiscípulo, dedicado a aprovechar el tiempo antes de la llegada de los peritos de Homicidios.

Podía haberse ahorrado el esfuerzo. No encontró nada de interés. Mac Kenna no volvió a despegar los labios en todo aquel tiempo, tal vez ofendido por el poco crédito que le prestaba el teniente…

CAPÍTULO IX

—Es un estúpido con placa de policía —rezongó Mac Kenna, dejando de acariciar a Lizzy por unos instantes.

La muchacha se irguió un poco en el diván. Necesitó hacer una cabriola mental para captar el motivo del súbito estallido de Frank. Recordó lo que habían estado hablando antes y murmuró:

—Para nosotros todo esto ha dejado de importarnos ya, amor. Recuerda lo que me has prometido.

—De acuerdo, de acuerdo; pero no puedo quitarme de la cabeza a ese tonto. Le he repetido una y otra vez que hay alguien en la sombra, alguien más importante que Bierce… Y ni siquiera me ha hecho caso. Todo lo que él desea es cerrar el caso y aguardar las felicitaciones… ¡Vaya policía!

Ella estiró el cuello y sus labios rozaron los de su amado. Fue una larga y suave caricia que casi consiguió borrar por completo aquella especie de obsesión que atormentaba al hombre. Casi, solamente.

Mac Kenna le rodeó la cintura con sus manazas de gigante y la aprisionó contra sí, devolviéndole el beso, hundiéndose en la vorágine de aquel amor que había hecho el milagro de arrancarle de una vida equivocada y peligrosa. Se dejó ganar por la suavidad de los labios húmedos, por el temblor del grácil cuerpo y por todo el cúmulo de sensaciones que ella le ofrecía con su amor.

Más, en el fondo de su mente, como una nebulosa oscura e inquietante, siguió flotando la sombra de algo inconcluso, una especie de amenaza indefinida y letal que pudiera desencadenarse en cualquier instante como una súbita tormenta.

Ninguno de los dos se preocupó de encender la luz, de manera que a medida que el día fue declinando, una creciente oscuridad

invadió la estancia a pesar de la abierta ventana, al otro lado de la cual, sobre los altos edificios, comenzaron a parpadear los multicolores anuncios luminosos derramando su lechosa luz a lo largo de las fachadas, sobre las casas más bajas, arrancando brillos de bronce a las escaleras de escape metálicas…

Ninguno de los dos advirtió el paso del día a la noche. Su mundo se había reducido al espacio concreto de las paredes que les ofrecían el refugio adecuado a su amor, la independencia que anhelaban, lejos de miradas indiscretas.

Aunque, sin que pudieran saberlo, no estaban tan aislados como ambos deseaban.

La calle a la que daba aquella ventana era poco más que un callejón secundario, poco alumbrado y desierto. Aparte de las fachadas traseras de algunos edificios de viviendas, daban a él los monótonos muros de unos grandes almacenes de maquinaria, el patio de un comercio de compra y venta de coches usados, siempre lleno de vehículos de mil tipos y colores, y la cerca de un solar sin edificar que hasta poco antes había contenido una vieja casa de pisos.

Fue en el extremo de ese callejón donde se detuvo un sedán negro y lujoso. Sus luces se apagaron y el conductor maniobró a oscuras hasta dejarlo estacionado en la boca del callejón, con el morro apuntando a la avenida mejor iluminada por la que había llegado.

Cuando el motor dejó de susurrar su mecánico latido se abrió la portezuela de la derecha y una sombra saltó a la acera. El hombre volvió a cerrar la portezuela silenciosamente, se inclinó hasta meter la cabeza por la ventanilla y murmuró:

—Si oye jaleo ponga el motor en marcha y dispóngase a salir volando. ¿Comprendido?

—Date prisa —fue todo lo que obtuvo por respuesta.

La sombra se alejó del coche y anduvo por la acera examinando con suma atención las fachadas traseras de los edificios de apartamentos. Cuando localizó el que buscaba se detuvo y miró arriba y abajo de la calleja. A excepción de los grandes cubos de basura alineados junto al bordillo y algún que otro gato deambulando en busca de una problemática cena no distinguió nada alarmante.

Entonces retrocedió y quedó quieto junto a la pared, debajo del tramo deslizante de la escalera de escape. Sacó del bolsillo una automática europea de largo cañón y procedió con todo cuidado y perfecta calma a aplicarle un silenciador. Cuando el largo cilindro estuvo acoplado, el cañón había ganado en longitud y feo aspecto.

Hecho eso, sujetó el arma dentro del cinturón y levantó la cabeza. Titubeó. Si aquella escalera chirriaba, todos sus planes se vendrían abajo de golpe.

Finalmente, flexionó su cuerpo y saltó. A la segunda tentativa, sus dedos se aferraron al escalón metálico y el tramo se deslizó hacia abajo con un chirrido. Tan pronto sus pies tocaron otra vez el suelo, el hombre presionó para evitar que la escalera no siguiera bajando tan rápidamente, de manera que el resto del deslizamiento lo efectuó despacio y con cuidado para evitar el ruido.

Medio minuto después se había encaramado por el tramo movible y procedió a subirlo de nuevo con iguales precauciones.

Conseguido esto se mantuvo quieto, escrutando la oscuridad del callejón, las ventanas de la casa de enfrente y las que quedaban sobre su cabeza. En algunas había luz y en otras no, pero no se observaba actividad inusitada en ninguna de ellas, lo que indicaba que su intrusión había pasado inadvertida hasta el momento.

Tampoco en el callejón pudo descubrir ninguna presencia humana. Sólo al final del mismo, recortándose como una sombra más negra que las demás contra el aura de claridad de la avenida, la silueta del sedán que le esperaba sirvió para infundirle confianza en sí mismo.

Después del detenido escrutinio se decidió a proseguir la ascensión. Sin prisas, colocando los pies con cuidado en cada peldaño para evitar ninguna resonancia, fue subiendo lentamente los tramos metálicos en busca de su objetivo.

Vagamente, como si una parte de su mente actuara independientemente del resto, pensó en la manera de hacer el «trabajo» si la ventana que buscaba estaba cerrada. Eso complicaría las cosas de manera enojosa aunque si dentro hubiera luz podría disparar a través del cristal con la misma seguridad que si lo hiciera en un campo de tiro.

No estaba nervioso. Después de todo, nadie está nervioso cuando realiza el trabajo de su especialidad para el cual ha sido entrenado

durante años. Para el hombre, el asesinato era un trabajo tan normal como pudiera serlo el de un mecánico, pero mucho mejor pagado que el de éste, naturalmente. No iba a ser ésta la primera vez que se truncaba una vida frente a la mira de su pistola. No, según calculaba, no sería tampoco la última.

Estaba en el tercer piso, cruzando frente a una ventana a oscuras, cuando una súbita claridad inundó el rellano metálico al iluminarse inesperadamente aquella ventana. El hombre dio un salto para huir de la luz. Sus pies produjeron un sonoro choque sobre el primer peldaño del siguiente tramo, lo que le obligó a permanecer inmóvil, con el oído atento y los nervios en tensión. Instintivamente, su mano se deslizó hasta la culata de la pistola y quedó allí, expectante.

No sucedió nada. Nadie asomó la cabeza para averiguar el origen del golpe en la escalera, o tal vez el golpe no había sido tan ruidoso como su tenso oído le había hecho creer, de manera que reemprendió la subida con redobladas precauciones. Para calmar su conato de alarma concentró su mente en la víctima que iba a caer bajo sus balas. Pensó que si Bierce no hubiese sido tan estúpido ahora no tendría que arriesgarse de semejante manera. Debió matar a aquel saco de músculos en un principio en lugar de contentarse con una paliza. Claro que Bierce no tenía sesos… aunque se creía más listo que nadie.

Bueno, al diablo con Bierce. Le faltaban dos pisos y su pistola entraría en acción. Si la ventana estuviera abierta, reflexionó, nadie se enteraría del asesinato, nadie podría oír el chasquido de la automática equipada con un excelente silenciador.

A menos que hubiera la chica allí y se pusiera a chillar…

Habría que terminar con la muchacha también, decidió. Cuando se hace un trabajo de esa clase hay que rematarlo bien si uno quiere evitarse dificultades. Los únicos testigos que jamás declaran contra uno son los testigos muertos.

Distendió los labios en una silenciosa risita al pensar eso. Claro que era una lástima liquidar a una chiquilla tan linda… Sólo la había visto una vez, pero la recordaba nítidamente. Una pena. Hubiera sido preferible tenerla en los brazos que ante la mira de la pistola…

Bien, las cosas vienen como vienen y no se pueden cambiar.

Después de todo, es preferible liquidar a una mujer a exponerse estúpidamente a la cámara de gas.

Arriba, en el apartamiento, Lizzy creyó despertar de un bello sueño cuando Frank la apartó suavemente.

—Ya es de noche —susurró la muchacha, cual si la maravillase ese descubrimiento.

—¿No te gusta la oscuridad? —preguntó él, tanteando en busca de un cigarrillo.

—A veces sí y a veces no. Ahora me encanta porque estoy en tus brazos.

—Eso no es exacto —rió Frank quedamente—. O por lo menos, no siento tu cuerpo entre mis manos. Estoy buscando el maldito encendedor con la izquierda y la derecha sostiene un cigarrillo que…

—Ya sabes lo que quiero decir, tonto. El encendedor está junto al cenicero. ¿Quieres que encienda la luz?

—¿Para qué? Cuando quiera convencerme que sigues a mi lado no necesitaré ninguna luz… Ah, el encendedor…

Brilló la llamita en la oscuridad cuando él encendió el cigarrillo y luego se apagó. Amortiguados por la distancia, los rumores del tráfico apenas si rompían el íntimo silencio de la estancia. Sonó el leve choque del encendedor al ser abandonado otra vez sobre la baja mesita. En la oscuridad, la brasa roja del cigarrillo cobró brillo al fumar él. Después se amortiguó y Mac Kenna dijo:

—Dame el cenicero… Apenas llego desde aquí.

Tanteó en la oscuridad hasta apoderarse del grueso cenicero de cristal tallado. Estaba recostado contra un extremo del diván y una agradable lasitud se había adueñado de todos sus miembros durante las horas pasadas con Lizzy. Maldito si deseaba moverse de su cómoda postura, sintiendo la perfumada proximidad de la muchacha a su lado, de manera que colocó el cenicero sobre el respaldo del diván para no tener que cambiar de postura.

—¿Sabes una cosa, amor? —dijo de repente—. Si uno no ve el humo del cigarrillo no obtiene todo el placer del tabaco…

—Creo que me he enamorado de un tonto. Bésame para que cambie de opinión o me pondré a chillar.

Él lo hizo y ambos perdieron la noción del mundo. Un mundo en el que un asesino se aprestaba a descargar su golpe.

Algo se movió junto al marco de la ventana abierta. Una sombra imprecisa que escrutó el interior, pero que se retiró precipitadamente cuando un gran anuncio al otro lado de la calle brilló en un corto parpadeo, para apagarse y proceder nuevamente a su ciclo de iluminarse lenta y progresivamente hasta alcanzar el máximo de luz.

El hombre apostado en el rellano de la escalera metálica maldijo para sus adentros. ¿Cómo podía matar a un hombre si no se distinguía nada dentro del cuarto?

Pegado a la pared, extrajo la pistola. El largo cañón pareció vacilar un instante, hasta que, despacio, sin un temblor, giró hacia la ventana hasta que el largo cilindro quedó apoyado en el alféizar.

Entonces, el asesino atisbo con cuidado. Casi dejó escapar una exclamación de contento cuando distinguió el tenue brillo rojo de un cigarrillo. Hizo un rápido cálculo mental de la posición de la brasa y levantó un poco el cañón de su arma. El dedo se le tensó sobre el disparador…

Muy queda, escuchó una voz de hombre.

—Un momento, nena —susurró aquella voz—. Todavía no he aprendido a vivir sin respirar…

Lizzy sonrió en la oscuridad, totalmente feliz. Dejó de besar a su amado, pero continuó abrazada a él. Notó que Frank levantaba la mano en busca del cigarrillo.

Mac Kenna tanteó en la oscuridad. Las puntas de sus dedos rozaron el cenicero y éste osciló, a punto de caer.

En el mismo instante sonó un «plop» apagado en la ventana, como un golpe sordo propinado sobre una masa blanda. Pero simultáneamente, el cenicero saltó en pedazos con un estrépito de cristales rotos, el cigarrillo salió despedido, y al otro lado de la estancia, algo hizo añicos un pequeño espejo de adorno.

—¿Qué demonios…?

La voz de Frank se extinguió al comprender repentinamente de qué se trataba. El estallido del espejo le delató la procedencia del extraño sonido escuchado primero, y sin más palabras, se lanzó sobre Lizzy arrojándola fuera del diván.

—¡Frank! —exclamó la muchacha—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Calla! Alguien ha disparado a través de la ventana —le susurró él, con la boca pegada a su oído.

La obligó a arrastrarse hasta colocarse los dos al otro lado del sofá. Después del primer disparo no había habido otro, pero un creciente furor estaba haciendo presa en los nervios de Mac Kenna al darse cuenta que aquel balazo muy bien podía haber acabado con la vida de la mujer que amaba.

No se entretuvo en imaginar quién podía estar allí, a pocos pasos de distancia, dispuesto a matarlos. Todo lo que pensó fue que estaba desarmado y que para llegar a donde estaba su revólver tendría que atravesar casi toda la estancia.

—No te muevas de aquí, nena —murmuró, tenso—. Pase lo que pase, no asomes tu naricita fuera de ese diván.

—¿Y tú, Frank, qué vas a hacer?

—No lo sé todavía…

Se apartó de ella, y al arrastrarse, sus manos tropezaron con un grueso trozo de cristal. Lo tanteó en la oscuridad; era un pedazo del cenicero. Lo levantó, y de rodillas en el suelo, lo arrojó con fuerza contra la parte superior de la ventana.

El cristal fijo y el que estaba levantado cayeron bajo el impacto con un estrépito que llenó de ecos la noche entera. Instantáneamente, el sordo golpe del disparo se repitió dos veces, pero no se entretuvo en escucharlo, sino que corrió agazapado hasta la cómoda en cuyo cajón guardaba el revólver de cañón corto.

Hubo un nuevo balazo procedente de fuera, cuyo plomo repercutió sordamente en la pared, no lejos de donde él estaba. ¿Es que el asesino tenía ojos de gato?

Cuando sintió el metal del revólver en sus dedos no pudo contener un suspiro de alivio. Ahora estaban en iguales condiciones el criminal y él.

Agazapado en el suelo, forzó la mirada tratando de penetrar la oscuridad. Vio perfectamente recortado el recuadro de la ventana cuando el anuncio luminoso alcanzó el cénit de su luz. Luego, ésta se apagó y sólo quedó una claridad grisácea en la que nada se distinguía.

No muy lejos, una voz exclamó:

—¿Qué ha sido eso?

Una mujer, sin denotar alarma alguna, respondió:

—Alguien ha roto un cristal… Debe haber sido en un piso de arriba…

Mac Kenna calculó que si los vecinos estaban asomados a las ventanas el asesino permanecería quieto para no dejarse ver. Lo imaginó pegado a la pared, a un lado de la ventana…

Se deslizó en la oscuridad hacia donde estaba la muchacha. Sin apenas mover los labios musitó:

—Ahora tengo mi revólver. No te muevas para no atraer su atención sobre ti, querida.

—¡Por favor, Frank, ten cuidado…!

Se alejó de ella hacia el lado opuesto del cuarto. Si pudiera llegar a la habitación vecina podría cazar al criminal desde la otra ventana…

Pero había que abrir una puerta. Apenas lo intentó, una bala fue a incrustarse en la madera, a escasas pulgadas de su cabeza. Comprendió que el asesino no podía verle a él, pero el movimiento de la puerta había reflejado la luz y la sombra del anuncio revelando su intento.

Abandonó la idea de buscar la otra ventana y se revolvió sobre sí mismo. Rechinó los dientes de furia y sin titubear más, tiró del disparador.

Hubo un relámpago anaranjado en su mano y el tremendo estampido del «38» pareció un cañonazo dentro de aquel reducido espacio. Las ondas sonoras de la explosión se rompieron cuando el proyectil blindado pegó contra la barandilla de la escalera y cambió de dirección con un vibrante aullido.

La noche se llenó de voces y de ruido de ventanas abriéndose precipitadamente. Por segunda vez, sólo para acabar de alarmar al vecindario y obligar al criminal a moverse, Frank disparó el revólver contra el hueco de la ventana. Tras esto, saltó en pie y se acercó agazapado hasta un lado del alféizar.

Todavía retumbaban en sus oídos los estampidos del revólver, pero incluso así percibió los pasos que se precipitaban escaleras abajo, sin preocuparse en absoluto del ruido esta vez.

De un brinco franqueó la ventana y estiró el cuerpo fuera de la barandilla. Creyó percibir una sombra, dos pisos más abajo, y le mandó un balazo sin muchas esperanzas de acertarla.

Los pasos continuaron, más rápidos si cabe. Las ventanas que antes se abrieron con tantas prisas, se cerraron entonces con estruendo. Una tras otra, las luces de todas ellas fueron

extinguiéndose hasta dejar las fachadas sumidas en la más completa oscuridad.

Mac Kenna soltó un juramento y se lanzó escaleras abajo. Bajo su gran peso, los peldaños resonaron como tambores, pero descendió dos pisos sin preocuparse del ruido. No obstante, allí se detuvo y trató nuevamente de descubrir al fugitivo.

Lo vio cuando llegaba al tramo deslizante. Comprendió que si lograba llegar a la calle escaparía indefectiblemente, y, con el cuerpo medio colgado fuera de la barandilla, disparó dos veces en rápida sucesión.

No logró abatir al criminal, pero le obligó a pegarse a la pared para huir de los proyectiles, lo cual le impidió también accionar la escalera.

A saltos, Mac Kenna siguió bajando los tramos que lo separaban de su agresor. Le faltaba un poco más de un piso cuando el sonoro golpe del tramo movible le indicó que, después de todo, el fugitivo había llegado a la calle.

Cuando él llegó al último rellano el tramo deslizante estaba subiendo con un chirrido, accionado por los gruesos muelles. No esperó a que se detuviera, sino que apoyando una mano sobre la barandilla saltó limpiamente por encima de ésta y voló materialmente hasta caer de pie sobre los adoquines del callejón.

Notó un relámpago de dolor en todo el cuerpo, producto de la reciente paliza, y rodó por el suelo como una pelota. Pero tan pronto consiguió detenerse buscó al fugitivo con la mirada. Primero escuchó los rápidos pasos que se alejaban por el centro de la calleja. Después, recortándose contra la luz del fondo, distinguió la oscura silueta.

Sus dientes rechinaron cuando los apretó como un cepo Despacio, levantó la mano armada y concentró todas sus facultades en el disparo.

El revólver retumbó en la noche. Sus fosas nasales se llenaron del acre olor de la pólvora, pero pudo ver al fugitivo cómo daba un traspié y caía hacia adelante como un fardo.

Suspiró, levantándose. Bueno, ahora podría saber de una vez por todas quién era el desconocido agresor…

No obstante, su optimismo se vino al suelo cuando advirtió que el tipo había logrado reanudar la marcha, aunque muy inclinado,

como si estuviera soportando un gran peso sobre las espaldas.

—No irás lejos, compadre —refunfuñó Mac Kenna, echando a correr.

Nuevamente, comprendió su equivocación demasiado tarde. Vio al fugitivo cómo se desviaba a un lado y desaparecía detrás de un coche estacionado junto al final del callejón. Casi simultáneamente, el auto salió disparado y dobló la esquina como empujado por un cohete y desapareció definitivamente.

Su sarta de maldiciones no fue escuchada por nadie, lo que fue una suerte después de todo, porque ninguna de ellas resultó apta para oídos delicados.

Lentamente, volvió al lado de Lizzy, y como ya suponía, hubo de pasar el resto de la noche contestando preguntas y discutiendo con la policía del Precinto primero, con los de la Central después, y como colofón, se vio asediado por el teniente Digger y su inseparable sargento.

Ninguno de ellos sacó mucho en claro. Sólo al final, Mac Kenna aventuró, cuando ya el teniente empezaba a darse por vencido:

—Apenas si pude distinguir más que la silueta del hombre que corría, James; no puedo afirmar nada, pero su manera de moverse me recordó a Tingley… ¿O acaso tienes a éste en una de tus celdas?

—No; parece haberse esfumado en el aire. ¿Crees realmente que puede haberse tratado de él?

—Ya te digo que es sólo una impresión. De ser cierta, me gustaría saber por qué ha decidido liquidarme a estas alturas. La organización está deshecha, ¿no?

—Tal vez cree que tú eres el responsable de la matanza y desea vengar a los otros.

—No conoces a Tingley… No arriesgaría su cuello por ninguno de sus compañeros. A menos…

—Termina de una vez. ¿Qué estás pensando?

—Si había alguien por encima de Bierce forzosamente debía mantener a un hombre de su confianza dentro de la organización…

—¡No vuelvas con ese cuento, maldita sea! —le atajó el teniente, fastidiado.

Mac Kenna se encogió de hombros.

—*Okey*, tipo listo. No volveré a hablarte de eso —rezongó de mal talante—. Pero te apuesto que Tingley sigue obedeciendo

órdenes de alguien… Y no puede tratarse de Bierce ahora.

—Tonterías; suponiendo que se trate de él, ha intentado vengarse de ti, eso es todo.

—Bueno, tú lo dices y yo cierro el pico. Al diablo contigo. Quiero acostarme de una maldita vez, ¿está claro? Y Lizzy necesita descansar también.

Digger dirigió una penetrante mirada hacia donde estaba sentada la muchacha, al parecer ajena a cuanto se estaba discutiendo.

—Está bien —gruñó—. Nos veremos en mi despacho. No creas que hemos terminado tú y yo…

Apenas sin despedirse, él y el sargento abandonaron el apartamiento con cara de pocos amigos.

CAPÍTULO X

El cuerpo de Tingley fue encontrado a última hora de la tarde siguiente, tirado en una cuneta a pocas millas de la ciudad.

Como todas las demás, esta noticia llegó a la mesa del teniente Digger minutos después de ser difundida. Maldijo su mala suerte, llamó al sargento y ambos se encaminaron al depósito de cadáveres.

Carr aventuró:

—Le apuesto que éste ha sido liquidado con la misma pistola que Bierce y Eric Clair.

—Es muy posible. No hay duda que alguien ha terminado con toda la cuadrilla en menos de veinticuatro horas.

—¿Está pensando usted en Mac Kenna?

—Bueno, me resisto a creer que Frank haya cometido todos esos crímenes de manera tan fría y despiadada, El es un tipo de carácter violento y duro. No hay más que ver lo que le hizo a Darton. Tiene la cara convertida en una pulpa.

—El odio puede haberle impulsado.

—Tal vez…

No dijo más. El sargento cerró la boca y dejó que fuera su jefe quien se rompiera los cascos con aquel problema.

El médico de guardia en la «Morgue» les guió hasta donde estaba el cadáver. Por el camino anunció:

—Dos balazos. Uno en la nuca y otro en un costado.

—¿No tiene ninguna otra herida? —inquirió Digger.

—No, a excepción de algunos rasguños en distintas partes del cuerpo. Hay también los hematomas producidos por el golpe al caer de un coche en marcha. Los rasguños le fueron producidos por la misma causa. Pero heridas, sólo los dos balazos.

—¿Qué clase de arma cree usted que utilizaron?

—Eso es lo curioso. El balazo de la nuca corresponde a una de pequeño calibre. En cambio, la del costado juraría que le fue inferida con un «38» como mínimo.

—Comprendo. Ese cabezota de Mac Kenna tenía razón después de todo.

—¿A qué se refiere?

—Nada importante. Gracias, *doc*. Trátelo bien.

—Seguro, le dibujaré una margarita en la barriga. ¿Le parece que quedará presentable? Digger lanzó un juramento que sonó como un tiro y se alejó, dejando al médico riéndose al lado del cadáver.

—¿Qué vamos a hacer ahora, teniente? Los de Homicidios deben andar de cabeza con todos esos *tiesos* entre manos…

—Que se apañen. Vamos a ver a Mac Kenna. Hay algo que quiero preguntarle a ese cabezota.

El sargento suspiró y siguió resignadamente a su jefe hasta el coche Comenzaba a cansarse de todo el maldito asunto. ¿No habían liquidado a toda una pandilla de pistoleros? Pues al diablo con el que lo había hecho. Después de todo, durante años el teniente había soñado con acabar con Bierce y su cuadrilla…

Bueno, ya estaba liquidado.

Sintió la tentación de expresar todo eso en voz alta, pero una mirada a la cara del teniente le disuadió de hacerlo. Conocía demasiado bien aquella expresión de tormenta en puertas.

Así que se recostó en el asiento y cerró el pico.

* * *

Lizzy se apartó de la ventana cuando la silueta de Frank se fundió entre las sombras de la calle. Durante unos segundos permaneció quieta en medio de la estancia, inquieta y pensativa. Aquellas andanzas de su amado Frank la tenían en vilo… Y aquellos cinco mil dólares…

Claro que él le había asegurado que eran de una procedencia perfectamente limpia y legal. Ella deseaba creerlo. ¡Había puesto tantas esperanzas en aquel cambio de vida! Todo iba a ser distinto para los dos.

Recogió los platos de la cena y los llevó a la cocina. Por

centésima vez se preguntó qué inquietaba a Frank. No podían ser los asesinatos de la pandilla de Bierce, que los diarios pregonaban en grandes titulares. Frank no tenía nada que ver con aquello.

Trató de disipar su inquietud pensando en las caricias de su amado, en sus besos que ardían en su boca como un volcán y le hacían vivir instantes de delirante locura… Era delicioso sentirse estrujada entre los poderosos brazos del atleta, sentirse segura en ellos como protegida por un muro que nada ni nadie podría derribar…

El timbre de la puerta hizo añicos esos sueños y de nuevo creció la inquietud y la zozobra.

Precavidamente, se colocó a un lado de la puerta y preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Digger; abra, Lizzy.

Recordó al policía del hospital y franqueó la entrada. Cerró tan pronto los dos hombres hubieron entrado.

Digger inquirió:

—¿Dónde está Frank, Lizzy? Llámelo, por favor.

—Frank no está aquí.

—Vaya. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé. Ha salido diciendo que volvería pronto, pero eso es todo lo que puedo decirle.

El teniente esbozó un gesto de contrariedad. A su pesar, notaba una creciente incertidumbre, algo muy parecido a un temor indefinido.

—Escúcheme, Lizzy —dijo, pensativo—. Sé que ama usted a Frank…

—No es ningún secreto para nadie que nos queremos.

—Está bien, en ese caso no deseará que le suceda nada malo, ¿verdad?

—¿Qué puede sucederle?

—Mire, muchacha. —Digger se vio apurado para encontrar una explicación plausible—. Hay alguien dispuesto a acabar con todos los componentes de la organización Bierce. Casi lo ha conseguido, pero todavía le faltan Frank y Darton. Este último está a salvo en las celdas de la Central, pero Frank anda por ahí dando vueltas Parece que quisiera dar facilidades al criminal. ¿No se da cuenta?

El hermoso rostro de la muchacha perdió todo asomo de color.

—Pero… pero Frank dice que ya no hay ningún peligro. Él había dejado la organización de Bierce…

—¿Sabe eso el asesino, o le importa un bledo acaso?

—¡Dios santo!

—Veo que se da cuenta. Dígame a dónde se ha dirigido y trataré de que no le suceda nada, pequeña.

—¡Pero si no lo sé! —se desesperó la muchacha—. No me lo ha dicho… ¡Dios mío, haga usted algo! Es policía, ¿no? Y amigo de Frank. ¡Tiene usted que ayudarle!

—Para eso necesito saber dónde está, Lizzy.

Ésta se retorció las manos con evidente desespero, Digger echó una ojeada al sargento, pero éste parecía ajeno a lo que se ventilaba.

Lizzy murmuró:

—Ha llamado a alguien por teléfono…

—¿A quién?

—No sé… Ha buscado el número en la guía.

—¿Lo ha anotado en alguna parte?

—No lo sé.

—¿Dónde está la guía?

—Allí, sobre la mesita del rincón.

Digger se precipitó al rincón. Vio la guía abierta por la letra B Era imposible saber cuál de aquellos nombres había interesado a Mac Kenna.

Entonces descubrió el bolígrafo, medio oculto por la portada del libraco. Cerró éste y lo apartó a un lado Apareció un pedazo de papel con un número anotado en él.

—Creo que ya lo tengo.

Descolgó el teléfono, marcó el número de la Central y se identificó.

—Voy a darles un número de teléfono —dijo—. Necesito saber a quién pertenece y dónde vive, todo esto muy urgente. Tomen nota.

Dictó el número y colgó. Menos de cinco minutos después una voz impersonal informó:

—Ese teléfono pertenece a David Bradbury: Ocean Avenue cinco, dos, cuatro, uno.

¿Alguna cosa más, teniente?

—Nada, gracias.

Colgó después de anotar aquella dirección. Antes de salir precipitadamente preguntó a la muchacha si había podido escuchar la conversación telefónica.

—No he prestado atención. Creo que Frank le ha pedido a alguien que le recibiera a pesar de la hora. Después ha colgado.

—Bien, no se inquiete, Lizzy. No le sucederá nada a su amado cabezota. Vamos, sargento.

Tan pronto se cerró la puerta a sus espaldas, Digger lanzóse escaleras abajo como perseguido por el diablo. Atónito, Carr le siguió refunfuñando hasta el coche, que se puso en marcha antes que estuviera acomodado.

El teniente rezongó:

—Creo que nos hemos portado como un par de tontos, sargento.

—¿En qué, señor?

—Ese condenado… nos ha estado restregando por las narices algo tan grande que lo tomamos a burla… Ojalá lleguemos a tiempo.

—Como no sea usted más explícito, teniente…

Cerró la boca cuando advirtió la endiablada velocidad que Digger estaba imprimiendo al coche. La más ligera distracción y se harían pedazos contra una esquina. Y aquella condenada manía de no utilizar la sirena…

* * *

Míster Bradbury arqueó las cejas y sacudió la cabeza.

—Creo que he cometido un error al acceder a recibirle, Mac Kenna —farfulló—. Es la primera vez que alguien se atreve a insultarme en mi propio hogar.

—La comedia ha terminado, Bradbury —le espetó Frank con voz seca—. Se precipitó usted demasiado anoche.

—Le ruego que salga de esta casa antes que me decida a llamar a la policía.

—Puede hacerlo. Eso nos ahorrará trabajo. Dígales de paso cómo mató a Bierce y a Eric Clair… Y quizá también a Tingley. ¿O éste estaba de su parte, Bradbury? Siempre me había infundido sospechas ese tipo. Era escurridizo y fisgón, aparecía desde cualquier rincón tan silencioso como un gato, siempre observando,

tomando nota mental de cuanto sucedía entre Bierce y los muchachos. ¿Lo hacía para mantenerle informado a usted?

—Loco, eso es lo que es —barbotó el financiero, rojo de ira.

—Tonterías. Lo he comprendido demasiado tarde para evitar los asesinatos, pero en realidad han sido esos mismos crímenes los que me han abierto los ojos. Usted decidió acabar con Bierce cuando yo le revelé que él había planeado matarle a usted, ¿no es cierto?

Los ojos de míster Bradbury se habían convertido en dos rendijas. No replicó, de manera que Frank añadió:

—Comprendió que Bierce se había propuesto despacharle a usted con la sana intención de quedarse con el negocio. Iba a terminar con una situación que venía durando años y años… y en la que él era un simple ejecutor, aunque aparentemente fuera el mandamás.

—No puedo comprender qué pretende lograr con esa farsa…

—¡Ya lo creo que lo comprende! Yo vine aquí como un estúpido, le informé de que estaba sentenciado a muerte por Bierce y usted decidió anticipársele, de manera que llamó a Tingley… Porque Tingley trabajaba directamente para usted, aunque estaba incrustado en la organización de Bierce como espía…

—Tingley…

—Ajá, parece que recobra usted la memoria, compañero.

El burlón comentario obligó al financiero a levantar la cabeza. Un relámpago pasó por su mirada.

—Y ha venido a decírmelo en mi propia casa —refunfuñó—. Con mi familia aquí…

—Usted no ha tenido nunca en cuenta las familias de los demás, Bradbury, ni ha respetado las vidas de las mujeres a quienes arrojaba al vicio y la degradación. ¡Su familia! ¿Qué demonios me importa a mí su maldita familia?

—¡Cállese!

Frank se encontró mirando el negro cañón de una automática que le apuntaba por encima de la mesa. Sonrió.

—Ese juguete no lleva silenciador, Bradbury. Si dispara sí que hará saltar a toda su familia de la cama sembrando la alarma…

—Diré que usted era un ladrón que había entrado aquí para robar… La policía lo creerá de mí. Mi reputación y mi crédito son intachables.

—Ya lo creo que lo son. Un crédito amasado con las vidas de una legión de mujeres destrozadas y…

—Cierre la boca.

—¿Por qué? Ahora podemos hablar de igual a igual, cuando se ha quitado la careta…

—¿Piensa que conseguirá salir de aquí vivo, Mac Kenna? Ha sido demasiado estúpido al venir a decirme eso en la cara. Le mataré y todo volverá a quedar en su lugar. Tengo una inmensa fortuna, ¿comprende? De todas formas, estaba pensando en liquidar la organización. Ya no me interesaba seguir explotándola. En cualquier momento, un policía idiota podía tener una racha de suerte y echarlo todo a rodar.

—Después de todo, si Bierce era un traidor usted no le andaba a la zaga, ¿eh, Bradbury?

Frank no perdía de vista a su enemigo. Podía captar el leve estremecimiento convulso de una vena que se hinchaba a un lado de su cuello. Así captó la tensión de la mano armada. Si vacilaba entonces estaba perdido.

—De todas maneras —dijo—, está usted acabado, Bradbury, aunque dispare contra mí. Aunque, en primer lugar, para disparar con una automática hay que correr el seguro…

Instintivamente, Bradbury cometió el error de bajar la mirada para examinar su arma. Por el rabillo del ojo vio saltar por el aire el poderoso corpachón del ex boxeador y giró rápidamente como pudo con la automática por delante.

Pero había desperdiciado décimas de segundo que iban a serle fatales. Recibió el impacto demoledor de un puño gigantesco justo cuando apretaba el gatillo. El estampido estuvo a punto de reventar los tímpanos de Frank y la bala aulló tan cerca de su oreja que notó el desplazamiento del aire a su paso.

Pero Bradbury estaba volando y dando tumbos como resultado del fenomenal impacto. Cayó sobre una mesita enana y la hizo astillas, con un estruendo de todos los diablos.

Sin embargo, continuaba empuñando la pistola. Luchó con el aturdimiento. Vio una sombra borrosa que se precipitaba sobre él y tiró del disparador sin apuntar siquiera.

Y esta vez acertó. La bala penetró por debajo de las costillas del enfurecido coloso sin que lograra detenerlo. Un puntapié respaldado

por todo el peso del cuerpo astilló la muñeca derecha del criminal, lanzando la pistola al otro extremo de la estancia. Entonces, alguien comenzó a chillar en alguna parte y Mac Kenna lo vio todo rojo.

Ciego de furor, sin notar dolor alguno en su costado, sólo una sensación viscosa y caliente, descargó una sucesión de mazazos sobre el reptante asesino con tan terrible ímpetu que de haberlos utilizado en el *ring* le hubiera valido el «Guante de Oro».

Otras voces se asociaron a la primera. Un tremendo concierto de chillidos de terror se elevó en el salón y distintas manos trataron de sujetarle.

Entonces, un vozarrón como un trueno se impuso al estruendo:

—¡Quietos todos! ¿Qué demonios pasa aquí?

Las voces se amortiguaron, pero en seguida comenzaron a hablar histéricamente todas a la vez. El teniente Digger pegó un salto y cayó sobre Frank, apartándolo de su víctima por el expeditivo procedimiento de aplicarle un par de culatazos con el revólver.

—¿Te has vuelto loco, maldita sea? ¡Vas a matarlo!

Carr entró en acción. Demostró que en cuanto a músculos todavía podía presumir de ellos aunque fuera contra un coloso como aquél. Entre los dos policías consiguieron acorralar a Mac Kenna junto a una butaca y un empujón lo arrojó sobre ella.

—¡Quieto ahí, maldito seas!

Digger miró a su alrededor. Vio a una mujer aterrada que se arrodillaba junto al inconsciente Bradbury. Dos muchachas muy jóvenes de altiva belleza expresaban en sus rostros todo el horror por el que acababan de pasar. Y junto a la puerta, se apretujaban dos sirvientas, tan aterradas como las otras mujeres.

Se volvió hacia Frank.

—Eres un pedazo de carne sin sesos, compañero —le espetó con los dientes apretados.

—Yo tenía razón, James… —balbució Frank—. Bradbury es quien manejaba realmente el imperio del crimen y del vicio.

—¿Y por eso querías matarlo a golpes?

—Bueno… He perdido el control, eso es todo.

—Eso es todo… Estás loco.

—Creo que será mejor que llames a un médico, James. Tengo un plomo en alguna parte y ahora empieza a doler como un diablo…

—¿Qué?

Fue el sargento quien se encargó de telefonear. Por su parte Digger se aplicó a taponar la herida con un pañuelo para evitar la excesiva pérdida de sangre.

Tras esto, se ocupó del otro individuo medio destrozado. Las mujeres corrieron en busca de sales, linimentos, *whisky*… Y consiguieron el milagro de que Bradbury abriera los tumefactos ojos.

Su largo gemido atrajo al teniente.

—¿Puede usted oírme, Bradbury? —Gruñó.

—¿Quién… quién es usted…?

—Policía. ¿Mató usted a míster Morrison?

La seca pregunta sobresaltó a las mujeres, que de nuevo comenzaron a gritar contra el policía.

Bradbury gimió:

—No… Fue Hix… El abogado…

—*Okey*; eso es todo por el momento.

—La pistola está ahí, junto a la pared, James —dijo Frank con voz cansada—. Con ella mató a Tingley…

—Si seguimos así tendré que descubrirme ante tu cabezota… Sargento, lárguese en busca de ese abogado, Hix, y enciérrelo incomunicado y sin fianza. Déjelo que se desgañite pregonando sus derechos hasta que yo llegue, ¿comprendido?

—Perfectamente.

Digger se volvió hacia Frank. Vio su creciente palidez y murmuró:

—No te preocupes, muchacho. Te llevaremos otra vez al hospital y te dejarán como nuevo.

—Nada de eso… Quiero que me quiten la bala… y luego me trasladarán a mi apartamiento.

—Otra de tus estupideces.

—Allí, James, tengo mi propia enfermera… Lizzy…

—Bueno, que me emplumen…

Entonces advirtió que Frank Mac Kenna no podía oírle. Se había desmayado, lo cual venía a demostrar que no era tan fuerte como aparentaba. O tal vez estaba débil todavía de la anterior paliza…

El teniente resopló. Pensó en el médico que no llegaba, en Lizzy, en la extraordinaria y dulce belleza de aquella muchacha y comprendió a Mac Kenna.

El, en su lugar, también desearía ponerse en manos de aquel ángel…

Sacudió la cabeza y ahuyentó esos pensamientos. Tenía otras cosas más serias de qué ocuparse antes de poder dar por cerrado el caso. Aunque, ¿había algo más serio que el amor con una mujer como Lizzy?

Sonrió a su pesar. Por primera vez, envidió a Mac Kenna… Aquel cabezota no era ningún tonto, después de todo.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds)
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.